

REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO II = BOGOTÁ, SEPTIEMBRE DE 1915 = N.º 9.º

AL MARGEN

DE LOS INFORMES MINISTERIALES

REPASANDO la difícil etapa que ha atravesado el país desde que se declaró la guerra europea; estudiando los informes ministeriales presentados al Congreso, índices de proyectos aplazados, de necesidades por satisfacer y de complicaciones crecientes, viene a la memoria la significativa respuesta del aristócrata francés que se secuestró en París, en una buhardilla, al comenzar la Revolución. Desde su ventana medio cerrada vio el desfile de los años terribles: el saqueo de las Tullerías, las matanzas de septiembre, el regicidio, la ejecución de los Girondinos, el 9 Termidor, la inauguración del Consulado. Entonces abandonó su retiro. Sus amigos creían que había perecido o que había emigrado. Al volver a verlo, alguno le preguntó, sorprendido, qué había hecho mientras Francia se inundaba en sangre.

—«Vivir», le contestó.

A grandes rasgos, con la misma palabra pudiera pintarse la labor administrativa desde el 7 de agosto. La época angustiosa que se confronta, y que era imposible prever, apenas ha permitido orillar escollos y subsistir.

Hubo la creencia de que, entre los proyectos sometidos al Congreso, fuera el primero un plan de hacienda, una base de presupuesto que consultara los problemas del momento. El no haberse presentado tal estudio justifica la conjetura de que se aguarda en silencio el advenimiento de algún factor extraño, *deus ex machina*, que venga en ayuda de nuestras embarazadas finanzas. Esta esperanza no basta, sin embargo, por fundada que sea, para explicar la omisión de un plan fiscal basado en la realidad de hechos y números. El Presidente de la República ha expuesto en su Mensaje la situación administrativa, pero el Ministro de Hacienda ha callado sobre los planes que más importa conocer. Nadie ignora que en la existencia de hombres y pueblos suelen presentarse dificultades que no admiten solución completamente satisfactoria; sin embargo, los hombres dirigentes se hallan en la obligación de obrar, de elegir entre varios males el menor.

Como recurso subsidiario, al lado de las disposiciones fiscales adoptadas por el Gobierno para arbitrarse rentas, cursa en la Cámara de Representantes un proyecto de ley para elevar los derechos de importación sobre las hilazas de algodón y de lana de que se sirven algunas fábricas de confección de tejidos. Contra tal alza han protestado los que esperan que la transitoria tarifa proteccionista a cuya sombra establecieron sus industrias, quede elevada a la categoría de derecho adquirido, sagrado e imprescriptible (1).

(1) Nuestros lectores recordarán que REVISTA MODERNA indicó, desde el mes de enero, la conveniencia de reorganizar las Cámaras de Comercio, y de que sus dictámenes ilustrasen el debate de cuestiones fiscales y económicas. La siguiente solicitud confirma la importancia que hemos dado al funcionamiento de tales instituciones: «La Cámara de Comercio de Bogotá, en vista de la desproporción que existe hoy en la tarifa de aduanas entre los gravámenes de las hilazas de lana y algodón, y las telas fabricadas con ellas, solicita del Congreso Nacional actualmente reunido, que aumente los gravámenes de las hilazas, de una manera científica y equitativa. Agosto 24 de 1915. M. CARREÑO T., Secretario de la Cámara».

El verdadero punto de vista se encontraría quizá en la memoria del Ministro de Hacienda, adversa a las reformas inconsultas, pero partidaria, según sus propias expresiones, de un análisis detenido de las tarifas vigentes, «cuidándose de entrar o de seguir adelante en la vía de un impremeditado proteccionismo».

En efecto. Sin lesionar de manera gratuita las fábricas de confección, que representan inversión de capitales y trabajo; sin reconocerles tampoco supuestas prerrogativas y ventajas problemáticas; promediando el máximum de ambiciones de una parte y la amplitud de derechos de la otra, bien pudiera obtenerse un aumento de consideración en la renta de aduanas, respetando legítimas utilidades para los industriales y sentando a la vez un precedente de valor incalculable en dondequiera que se aspire al desarrollo comercial: el desconocimiento eficaz de los monopolios.

El caso sería distinto, en parte, si hoy se tratara de amparar contra ruinosa competencia extranjera vastos plantíos de algodón y rebaños numerosos, que sí constituirían fuente de riqueza y prosperidad efectiva.

Il faut que tout le monde vive, hay que respetar todo derecho, y el del público y el del Gobierno no deben pasar a segundo término: las industrias exóticas disminuyen las rentas e imponen al consumidor la aceptación de precios y productos sin libertad de elección (1).

Derechos por derechos, la complacencia de hoy traerá las servidumbres del mañana.

*
* *

Los informes de los Ministros de Obras Públicas y de Agricultura y Comercio ponen de relieve la urgencia de impulsar la Sección de Estadística, y la de aceptar el pe-

(1) Armitage-Smith, *Principles and Methods of Taxation*.

queño gasto que se requiere para abrir en el exterior Oficinas de Información activamente servidas, siguiendo el ejemplo de la mayor parte de las Repúblicas suramericanas.

Los pueblos nuevos no pueden permitirse el prescindir de propaganda si quieren que llegue hasta ellos corriente de capitales y sana inmigración. La iniciativa individual a este respecto encalla en la falta de datos oficiales; y bien distintas serían nuestras cuestiones de fronteras si se hubiese pensado en crear intereses al frente de intereses, colonizando y poblando. Nadie ignora que, antes que la Cancillería de Lima, han influido en las cuestiones del Putumayo las compañías explotadoras de caucho.

Al tratar de colonización, dice el Ministro de Agricultura y Comercio:

Es un hecho evidente que en la mayor parte de los centros poblados hay un buen número de brazos hábiles para el trabajo y que permanecen ociosos por falta de ocupación en qué aprovecharlos. No sería exagerado calcular en un medio por ciento de la población total de la República, o sea en 25.000 personas (sobre una base de sólo 5.000.000 de habitantes) el número de gentes que se hallan en esas condiciones.

Si a este excedente se le facilitan por el Estado tierras en propiedad, viviendas provisionales, y herramientas y animales de labor y de cría, dados éstos a crédito; si se le facilita el transporte a los lugares en que se organicen los núcleos de colonización de quinientos a seiscientos habitantes cada uno, y se procura, desde un principio, mantener y regularizar el trabajo y conservar ahí el orden ¿no se habrán invertido mejor los recursos nacionales destinados a la colonización y hecho una labor más eficaz y más benéfica para la Patria?

Puede suceder, por desgracia, que la penuria del Tesoro impida la realización inmediata del proyecto de ley en que se ha dado forma a estas ideas. Con expedirlo, quedaría por lo menos despejada de tropiezos legales una de las vías más seguras de progreso.

*
* *

Como complemento de la obra de las oficinas de información deben venir la Sección de Minería, los consiguientes trabajos de exploración y el levantamiento de un mapa geológico de Colombia cuya urgencia reclama el Ministro de Obras Públicas en vista del incremento que ha tomado la industria minera en las regiones del Chocó, del Sinú, del Micay, la hoya del Guarinó y el norte de Antioquia, donde se han denunciado en corto espacio de tiempo más de mil minas; a lo que se agregan las propuestas pendientes para explotaciones de hulleras, hierro, fosfatos, asfalto, etc.

Por falta de conocimiento de nuestro suelo, las riquezas naturales que nos rodean no pasan de servir como tema para ditirambos insustanciales. Parece que tuvieran algo del dón que perseguía al Rey Midas: para él los objetos se convertían en oro contra su deseo: nosotros poseemos riquezas que no sabemos utilizar.

Una de ellas, y no de las menores, consiste en las fuentes de petróleo. Hace dos años se hicieron al Gobierno propuestas irrisorias: el plato de lentejas que se ofrece a los menores de edad. Por privilegio semejante al que se pretendía obtener en Colombia había rehusado la China varias decenas de millones de la *Standard Oil Co.* A nosotros se nos avaluó en medio millón, descontando nuestra ignorancia, y luégo se dijo en Londres, desde las columnas del *Times*, que no se había aceptado la oferta por imposición de la Legación de los Estados Unidos.

Sin deslumbrarnos con el vértigo de millones que sigue como una cauda al nombre de la *Standard Oil Co.*; sin soñar con Bakú, antiguo santuario de los adoradores del fuego y hoy metrópoli del petróleo, bien podemos aspirar a que esta industria éntre a figurar como elemento reductor en el balance de nuestro comercio y de las rentas

nacionales; pero urge estudiarla para no caer a ciegas en el lazo de negociaciones que lleguen a comprometer el porvenir.

Las muestras conocidas y los datos hasta hoy obtenidos en exploraciones preliminares, dice el Informe de Obras Públicas, demuestran que nuestra riqueza petrolífera y su desarrollo en Colombia bien pueden llegar a ocupar un renglón tan importante en el comercio mundial como lo tienen ya en regular escala nuestras exportaciones de café y de oro.

Buen recuerdo quedaría de este año de prueba de 1915 si el Gobierno y el Congreso dieran preferencia absoluta a los problemas de Hacienda y de Fomento, que son los que afectan de manera directa la existencia diaria.

La hora actual es de acción. Tiempo quedará, como lo dijo REVISTA MODERNA en su primer número, para discurrir bajo los pórticos de la Academia sobre lo bueno, lo bello y lo verdadero.

LA DIRECCIÓN.

Agosto de 1915.

GUTIERREZ NAJERA

Para REVISTA MODERNA.

A NOCHE he releído la obra lírica de este lírico. Pocas veces la palabra poeta y lo que ella implica de creación y de maravilla, fue tan expresiva y ajustada. Se trata de un verdadero poeta, de un portador de derecho divino, de un cantor por obra y gracia de la Naturaleza. El poeta, según la palabra griega de que se deriva esta voz, crea, inventa; el vate, vaticina; el bardo canta, como los druidas inspirados, en las solemnidades de la fe; el trovador peregrina y entona trovas lison-

jas y galantes. Gutiérrez Nájera no tuvo del vate; tuvo, sí, del trovador, por sus versos enamorados; del bardo, por sus composiciones iniciales, llenas de unción y por su constante misticismo. Y fue, por excelencia, poeta.

¿Cómo juzgarlo en líneas? ¿Cómo transmitir la sensación que produce y decir de qué medios se vale para producirla? ¿Cómo construir, sin tiempo ni materiales, un canal de mármol o bronce para que fluya esa fuente de Castalia que nace en el corazón de este grácil rimador y corre a fecundar, en otros corazones, gérmenes de hermosura?

Antes de escribir me asomo al balcón. No sé por qué me asomo; esperando, talvez, algo inconsciente, que de los cielos azules baje la revelación; esperando el signo, la clave que permita comprender un alma de poeta y explicar a los demás ese lírico misterio.

Estoy en Madrid. Mi balcón mira hacia el Guadarrama. ¡Qué mañana esta mañana de junio! El sol reverbera, como en el trópico. El aire abrasa. Las piedras, a manera de cristales, lanzan reflejos. La calle, desierta, árida, polvorienta, ciega lo mismo que esas carreteras polvosas, áridas y monótonas, de la Mancha y de Castilla.

A lo lejos, corta el horizonte, con su mole extensa y difusa, la enorme sierra, sobre cuyos picachos albean aún jirones de nieve invernal. A la izquierda, pardea el llano de Carabanchel. Más cerca, en la pelada planicie, una masa vegetal, angosta y oscura: las arboledas de la Casa de Campo. Calle de por medio con mi balcón, el rectángulo verde de un jardín y los techos rojos de un colegio clerical. Entre las matas discurren novicios, de blancas vestiduras talaes, el breviario bajo el brazo, siempre bajo el brazo, sin detenerse nunca a leer. ¿Leer? ¡Qué absurdo! Por algo se es aprendiz de clérigo en estos Madriles de Dios.

Nada me dicen Guadarrama nevado, ni Carabanchel pardo, ni obscuras arboledas de la Casa de Campo, ni rectángulo florido, ni techos rojos, ni blancos novicios; nada me dicen del poeta de América.

¿Nada?

En el rectángulo frontero hay calles de acacias, plátanos jóvenes y, en torno de una fuente, cipreses verdinegros. Hay también, no lejos de cierta galería de cristales, un eucalipto. ¡Qué grácil, qué flexible, qué armonioso, qué juvenil, qué bello!

Mientras los cipreses negruzcos, inmóviles y funerarios, parecen árboles de planto; mientras los plátanos, hojosos y vulgares, se agobian de calor; mientras las acacias se adormilan en el bochorno canicular, el gracioso eucalipto se balancea, indolente, a la más leve insinuación de la brisa, o ardiendo al sol, taracea el suelo de jerglíficos y arabescos.

Aislado junto a la galería de cristales, por donde pasean al abrigo, en invierno, flacos novicios ensotanados de blanco y gordos clérigos ensotanados de oscuro, aquel joven, delgado, esbelto eucalipto, es el árbol más elegante del vergelillo eclesiástico.

Hé ahí la revelación improvisa, hé ahí la clave de los cielos azules, hé ahí la enseñanza del jardín, el secreto del balcón, la voz de Natura.

Ese eucalipto es trasunto del poeta. Como el arbolillo de enfrente, el trovero de Méjico permanece en aislamiento, lejos de la turba de sus semejantes, mas o menos verdes de envidia; como él es joven, gracioso, melancólico, rítmico, bello.

—¿Qué parentesco, se preguntará, puede existir entre la arquitectura de un vegetal y el espíritu de un poeta?

—¡Ay de aquellos, responderé, que no perciben ciertas claras armonías de la Naturaleza!

Ese eucalipto cimbreante, ¿qué es sino sonrisa y regalo de Natura? Pues asimismo es regalo y sonrisa de Natura, aunque avalorado por el arte, el temperamento de un sensitivo como Gutiérrez Nájera.

Pero sea lo que sea, el árbol me sugiere la imagen espiritual del poeta. Al pensar en Gutiérrez Nájera, desde mi balcón, frente a ese jardinillo de colegio, escucho una flébil y deliciosa música de estrofas y relaciono la gracilidad de ese vegetal a la gracilidad de aquel ritmo.

*
* *

Bastaría la precedente confesión, a los que no conociesen al cantor mejicano, para comprender que Manuel Gutiérrez Nájera no es un Tirteo que enardezca a las multitudes y las conduzca al sacrificio, ni un Píndaro que celebre los triunfos de la destreza y la audacia; que no es poeta heroico de penacho altanero, ni hierofante, ni didáctico. En verdad no lo es. No se parece a Tasso u Olmedo, ni a Víctor Hugo u Olegario Andrade, ni al pesado Delille, ni al comedido y virgiliano Bello. Entre los americanos, los poetas con quien tiene más similitud de temperamento son Juan Clemente Zenea y Pérez Bonalde, y entre los extranjeros, Alfredo de Musset. Pero su nota es personalísima, máxime en sus obras de madurez, si madurez pudo alcanzar un hombre que murio al rededor de la cuarentena, a quien agobió durante sus mejores quince años un baldío diarismo y a quien el aguardiente destruyó más pronto que a Rubén, el nicaragüense.

La elegancia literaria parece en él dón de hada buena. Tuvo, desde la cuna, el sentido de lo gracioso, de lo delicado, de lo exquisito, tanto en el sentimiento como en la expresión. Como fue sentimental y apasionado de la forma en medio de su espontaneidad, a veces excesiva, la

poesía de Gutiérrez Nájera—lo mismo que su prosa—es de constante elegancia arquitectónica y de sabor romántico. Pero el suyo es un romanticismo entreverado de realidades, o por lo menos no se aleja de cierto concepto post-realista del arte. También se empapará ese romanticismo fundamental, según veremos más adelante, en la corriente de novísimas estéticas, como las gradas de mármol de los palacios venecianos se mojan en las aguas del Gran Canal, sin perder su resistente y blanca virtualidad de piedra.

Como este romántico conoció más o menos de superficie, todas las tendencias literarias modernas, desde la de parnasianos nihilistas como Leconte de Lisle, hasta la de emotivos decadentes, como Verlaine; como no le fueron ajenos los ágiles relieves de Gautier, las iniciaciones de Baudelaire, los clownismos verbales de Banville, la ática dureza de Carducci, las elegancias portuguesas de Eugenio de Castro ni las suntuosidades de D'Annunzio; como tampoco ignoró tendencias espirituales, paralelas a esa renovación del verbo: ni el misticismo de Dante Gabriel Rossetti, ni el amoralismo paradójico de Oscar Wilde, ni el naturalismo imperante en toda su fuerza cuando Gutiérrez Nájera empezó a escribir, ni el anarquismo risueño de Anatole France, ni el trascendentalismo social de Ibsen, ni el cristianismo utópico de Tolstoy, ni el aristocratismo de Nietzsche y Renán, ni la renovación poética de forma y de esencia que representa el simbolismo francés, ni, talvez, las diferentes ramas que salieron de tronco tan robusto; como no desconoció, en una palabra, las varias corrientes ideológicas de su tiempo, ni las varias concepciones de arte que entonces convivían o pugnaban por imponerse, Manuel Gutiérrez Nájera mal podía ser un romántico de 1830. Conocería mal muchas de las corrientes literarias modernas—sin duda fue así, puesto que a veces cita, en confusión, a Eduardo Rod y a Verlaine, como miem-

bros de una propia familia de espíritus;—pero el barrunto que de tales corrientes espirituales y de las flamantes estéticas tuvo, le impidió el anacronismo de echar sobre su cuerpo juvenil los desteñidos trajes chillones de aquel viejo romanticismo contemporáneo de *Hernani*.

El suyo, en este punto, es caso análogo al de otros temperamentos románticos de nuestra América: el nombre de Fabio Fialló, por ejemplo, me viene a la pluma. Llegaron tarde y se incorporaron al movimiento con su alma sentimental. Vieron para atrás, pero andando, sin detenerse, y han contribuido a crear ese arte americano llamado modernista—que se inició desde 1886 y que luégo, ocho, diez o pocos años más tarde, se hizo trascendente a España;—arte curioso y digno de estudio, no en los simios o imitadores, no en los papeleros vulgarotes, sino en las aves del paraíso, como Casal y Gutiérrez Nájera.

Su romanticismo es post-realista, y, en los últimos años del poeta, contemporáneo del simbolismo. Así se explica el sabor nuevo de algunas composiciones, entre las postreras de Gutiérrez Nájera, y el que éste fuera precursor de los modernistas americanos, siendo nuestro modernismo vástago del simbolismo francés. Así se comprende que haya traducido a Coppée, mucho menos poeta que él, pero como él sentimental y no extraño a la verdad de todos los días. Este aparejar ambos nombres no extrañará a quien conozca, no sólo la obra poética, sino también la obra en prosa de Manuel Gutiérrez Nájera. ¿No hizo este «cronista» con las nimiedades de la vida cotidiana aquellos maravillosos tisúes de arte y de sentimiento, sin rival en las literaturas de lengua española?

A más de la gracia, de la morbidez formal y de la nota de quejumbre o amargor sentimental, caracteriza a Manuel Gutiérrez Nájera, en cuanto poeta, la voluptuosidad, una casta voluptuosidad casi femenina por recatada, y un suave misticismo persistente, ajeno a los dogmas, un no-

ble sentimiento religioso; esa es la palabra, religioso—no clerical, ni teológico, sino religioso.

De tan varios componentes ha salido un elegísta, que esperaba morir como murió: en pleno mes de abril.

*Morir y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona,
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.*

*
* *

No me atrevo a decidir si paralelo al poeta de las lamentaciones se desarrolló, espontáneo, en Gutiérrez Nájera un poeta mundano, voluptuoso, de amores y galanteos—el Amor y la Muerte son hermanos,—o bien si contribuyó a esta última dirección de su sensibilidad una causa ajena, social, pudiera decirse: las mujeres.

A él, que tan pulcra y lindamente supo cantar de amor, acudían hermosuras vanidosas para que las cantase, y Gutiérrez Nájera, que tuvo entre sus virtudes la bondad y la galantería, prodigó su mirra. A veces la emoción no despunta por ninguna parte en estos versos de álbumes y abanicos, y sólo la coquetería versal redime del olvido, que acaso merezcan, esos burbujeos de vino espumante.

*Que lleguen a admirarte tus huéspedes, señora:
el mago de Circasia, la reina de Bassora,
el opulento obispo y el pálido prior;
yo solo abrí las puertas y preparé la entrada
por el rastrillo al noble, por la ventana al hada,
y por la azul escala de seda recamada,
al verso que te busca, cual joven trovador.*

Otras veces acierta, poniendo a compás su pedestre labor de encargo y el vuelo solemne de la musa:

*Soñadora de dulce mirada,
de mirada profunda que sueña
y que baja del alma a lo hondo
y en lo hondo del alma se queda;
las Venturas, cual blancas palomas,
revolando sumisas te cercan,
y tu mórbido cuello acarician
y en tus hombros de nieve aletean.*

Aparte lo que pueda ser, aun en los más sinceros escritores, coquetería, farsa, *pose*; dando a la literatura lo que es de la literatura: el decorado pintoresco, el traje de luces, y concediendo al poeta lo que de mimo, de comediante posea, descubrimos siempre en Manuel Gutiérrez Nájera a un hombre bueno. Aunque a veces nos parezca su sentimentalismo sin pasión, es decir, fingimiento; aunque a veces el sentimentalismo fuera en él más bien hábito, manera literaria, antes que fresca y cándida emoción de ingenuidad, puede asegurarse que ningún poeta de Méjico, y pocos de América, escondieron semejantes californias de ternura en el corazón. Puede asegurarse también que pocos poseyeron tan mágico arte para sacar a relucir los tesoros de su mundo interior, en áureas rimas incrustadas de obscuras esmeraldas, que parecen esperanzas desperadas, y límpidas gotas de diamante, que semejan lágrimas.

*
*
*

Este poeta del amor y de la muerte, este observador desesperanzado de la vida, que de la vida saca a menudo la tela de sus sueños, advirtió, después de otros muchos desilusos, desde Salomón hasta Kempis, y después de muchos otros rimadores, desde Omar Kayama hasta Leopardi, que el dolor es amo del mundo. El descubrimiento, a primera vista, no parece original, aunque lo es. Ese descubrimiento—que es la más profunda lección de

la vida—lo realiza cada alma, casi siempre, a costa del propio infortunio; y, casi siempre, para cada alma es novedad, cosa inédita. El egoísmo nos había echado una venda sobre los ojos: nunca vimos el dolor ajeno. Ahora, cuando la vida arranca bruscamente la venda, vemos claro en nosotros mismos. El dolor nos sorprende. Descubrimos tierra incógnita, un mundo ignoto; un mundo que apenas suponíamos vagamente que existiese.

En cierto modo cada hombre, frente a frente de la vida, es Colón. El adentrarnos más o menos en lo ignoto depende de la audacia de cada uno de nosotros; y del talento de cada uno depende la seducción en la manera de exponer los descubrimientos.

El talento de Gutiérrez Nájera se transparenta en esta fórmula de su vuelta de América:

En ti somos, Dolor, en ti vivimos.

Ya sintiéndose algo Colón, ya con su América en la mano, ya con la conciencia de que el dolor domina la vida, prueba el poeta la noble y generosa condición de su alma, en el empeño de evitar el dolor a los que ama:

*yo sé que todo es dolor
pero ella no, no lo sabe.*

Desconfiando él mismo de sus fuerzas para luchar con la vida, solicita el apoyo de la divinidad, lo que es síntoma de un espíritu religioso:

*Y tu poder es tan fuerte
y tal luchamos los dos,
que he llegado a aborrecerte:
o vén más aprisa, ¡oh, muerte!
o súrge en mi sombra ¡oh, Dios!*

Este ritornelo no cesa. En otra parte el Dios invocado es el Galileo:

*Súrge, súrge, Jesús, porque la vida
agil se escapa de mis brazos flojos,
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.*

Aunque don Miguel Antonio Caro, el enorme crítico clásico de Colombia—uno de los repúblicos más ilustres de América, por sus virtudes, y de los más ilustres letrados por su saber y su vigoroso espíritu;—aunque hombre de ese calibre, superior a todos los Menéndez Pelayo y a todos los Valera de España, y sólo comparable con Andrés Bello, opine que a los poetas debe juzgárseles por lo que hacen y no por lo que piensan, es decir, por sus cantos y no por sus ideas, parece imposible, a los ojos de una crítica más exigente que la crítica de Caro, en punto a ideas, no escudriñar el cerebro del poeta y saber lo que allí se esconde, o lo que allí se produce. Las ideas son la fuerza motriz. ¡Cómo las pondremos de lado, sobre todo al considerar a poetas como Gutiérrez Nájera, en quien la concepción filosófica del universo fue, según advertimos por sus cantos, ancha fuente de pesimismo y amargura, no menos abundante que la de su temperamento delicado de sensitivo y sufridor!

Esta faz de su espíritu no ha sido bien estudiada.

Al lado de este Gutiérrez Nájera triunfa con más facilidad y más éxito el Gutiérrez Nájera de los versos galantes y el maravilloso y único prosador, lleno de aticismo, de morbidez, de encanto, de voluptuosidad, de humor, de los cuentos y crónicas.

Escribo la palabra crónica a regañadientes. Crónica no es el nombre que corresponde a ese producto de Gutiérrez Nájera; no tiene ese producto nombre en castella-

no por una razón muy sencilla: porque antes de Gutiérrez Nájera no existía la cosa.

Respecto a sus travesuras líricas: *Para el corpiño*, y otras por el estilo, son obritas maestras de frivolidad y de gracia que, sin embargo, poseen la gota de poesía indispensable a la eficacia perdurable, como algunas sortijas del Renacimiento, a pesar de su apariencia de fragilidad inocente, escondían la muerte, bajo la piedra preciosa, en unas gotas de veneno:

*La amapola ya es casada;
cada mirto es un herido,
la gardenia inmaculada
es la blanca desposada
esperando al prometido.*

¿Qué mujer no recitó, no recita en la América boliviana versos de Manuel Gutiérrez Nájera? ¿Qué poeta no meditó aquellos solemnes endecasílabos de *Pax Animæ*?

*¿A qué pedir justicia ni clemencia
—si la niegan los propios compañeros—
a la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?*

.....

*¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida.
Pero perdónala el mal que te hayan hecho....
¡Todos están enfermos de la vida!*

En los últimos años Gutiérrez Nájera se entretuvo en componer a la manera clásica, semihoraciana, aquellas *Odas breves* que Justo Sierra compara con ánforas del Cerámico. A mí me gustan poco. En algunas, no obstante, se advierte el ala del águila y se oye el zenzontle.

Este poeta tan íntimo ha compuesto asimismo, como para probarnos una vez más, no sólo su virtuosismo de metrificador, sino su variedad de aptitudes, un poema ob-

jetivo, como dirían los pedantes: el poema *Tristissima nox*. En resumen, la personalidad dúctil plasmable, casi femenina por lo delicada, de Gutiérrez Nájera, se impone a pesar de él mismo, al través de los muchos poetas que leyó y de la obra cambiante y varia que deja. A pesar de todo, en todo se le descubre al momento, no por la garra, como al león, sino por piel blanca y felpuda como al armiño.

No quisiera saber si leyó, con más o menos provecho, a tales o cuales autores. Muchos imbéciles pueden leer a esos mismos autores, imitarlos, transcribirlos. No llegarán a ser Gutiérrez Nájera. Los envidiosos, que lo muerdan; me contento con admirarlo. Y Gutiérrez Nájera es de aquel número de autores a quienes más se estima cuanto más se comprende.

Cuentan que era desgraciado, es decir, feo, y aun asegúrase muy feo. Su alma, tan bella, tuvo entonces el capricho de aquellas reinas de cuento, todas delicadeza, que se trajeaban de labriegas. El palacio pudo ser cualquier cosa; pero la dama que allí vivió, ¡qué gran señora!

¿De qué medios se vale Gutiérrez Nájera para producir la hermosura y arrebatarlos el corazón? Creo que su secreto consiste en oírse a sí mismo, en repetir las músicas y voces de su mundo interior, con el gusto ignato que la naturaleza le dio y que el estudio y el arte afinaron. Se dirá que así obramos todos.... ¡Qué error! La mayoría pone entre sí y la obra que produce un velo de literatura, a veces artificioso y chocante, a ocasiones artificioso y bello, pero siempre ajeno a la esencia del espíritu. Espíritu desnudo, sin falsos ropajes, ¡cuán pocas veces hemos visto! Todos están enfermos de literatura.

En cambio, para Gutiérrez Nájera:

¡Todos están enfermos de la vida!

El también, pobre poeta, estaba enfermo de vida, no de retórica, y de esa enfermedad suya se contagió toda

una generación, porque esa enfermedad suya, como la de ciertas conchas marinas, producía perlas!

*
* *

Fácil es advertir que Gutiérrez Nájera no obedeció a una evolución literaria metódica que lo condujese del romanticismo al realismo, y del realismo al modernismo. No. Gutiérrez Nájera, que apareció en nuestro medio intelectual americano, en momento de transición, de albor, de llegar a una encrucijada de escuelas, refleja en su obra ese instante de tanteo y de ensayos de vuelo que duró diez o más años; los mejores de su vida literaria.

No hubo lógica en su obra o hubo una lógica superior: la del momento, o la de sus lecturas entreveradas, o la de su temperamento impresionista.

Sus primeros versos (1876-1877) son románticos. Esa blanca *Lápida* realista que hemos admirado es de 1880. El óleo, *d'après nature* o casi casi, titulado *La duquesa Job* es de 1884. En cambio, *Tras los montes*, una ebriedad romántica, es de 1884; y *La serenata de Schubert*, hito sentimental de este soñador, de 1888.

Según se advierte, coexisten y alternan ambas manifestaciones de arte: la del sentimental y la del observador, la que lo coloca a dos pasos de Lamartine y la que lo distancia.

Con las composiciones que, ajenas a las dos tendencias indicadas, revelan al Gutiérrez Nájera nuevo, al Gutiérrez Nájera contemporáneo del simbolismo francés; aquellas composiciones por las cuales puede considerársele, no únicamente precursor, sino columna del modernismo en América, ocurre lo propio: no obedecen a una orientación fija, sino alternan con las de otro carácter. Las hay de 1890 como *La misa de las flores*, maravilla de gracia; *De blanco*, especie de sinfonía en blanco mayor, apareció en

el año 1888, y en 1884, *Nada es mío*, de frescura y encanto inmarcesibles.

Pero si el tiempo ha corrido, no mudó en el alma del poeta aquel fondo o cimiento sentimental que lo hará sollozar *La serenata de Schubert* en 1888, ni aquel observar lo circunstante, con ojos cargados de alma. En 1893 apareció su maravilloso *Salmo de vida*, mezcla de imaginación, de realidad, de simbolismo; pieza hermosísima en que se funden ideas y sentimientos como los tintes opalescentes, dorados y róseos del crepúsculo.

Se trata del arribo de la primavera, como símbolo de renovación de la vida y de renovación de Psique, o sea el resurgimiento del espíritu después del dolor. Jamás tan manoseado simbolismo, jamás, fue encarado tan gallarda y líricamente. La enferma que se levanta del lecho, en el poema de Gutiérrez Nájera, es el Alma:

*Tú que las iras del invierno calmas
nuestra inquietud, nuestro temor serena....
¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!*

Este poema es de lo más profundo y hermoso que produjo, en su laboriosa carrera, el admirable hijo de Méjico.

Hablo de simbolismo, de romanticismo, de realismo para servirme de palabras conocidas que puedan, a los ojos de todo el mundo, ir marcando los pasos de este soñador por los campos de la poesía.

Pero mucho se engañará quien, por esas etiquetas, que pegamos, un poco arbitrariamente, a las composiciones de Gutiérrez Nájera (para facilitar el clasificarlas) juzgase, ignorante de la obra de este poeta, que este poeta carece de personalidad y se mueve como el gallito de metal en las iglesias nórdicas, según la dirección del viento que sopla. No. Gutiérrez Nájera no obedece, en verdad, sino a

su propio ser: y por eso, porque fue sentimental, siempre permaneció sentimental el fondo de su poesía.

Hombre capaz de impresionarse por cosas de varia índole y aun de índole antitética—que no en balde poseía extraordinaria sensibilidad—poseyó la aptitud de reflejar emociones distintas en su arte. Pero a todo cuanto salió de su pluma, puso aquél su señorial sello.

En puridad de verdad no fue hombre de escuelas. Sino que, sensitivo sincero, no pudo sustraerse a las varias sollicitaciones de la naturaleza o a las diversas sugerencias del Arte de su tiempo.

Obedeció a su temperamento y a su época. Pero fue él, muy él. Su personalidad y su obra, muelles, dulces, púdicas, casi femeniles, son inconfundibles.

*
**

Aunque Darío empezó a imperar desde 1892, más o menos, aunque el modernismo de América tomó por caminos distintos a los que siguió Gutiérrez Najera, que sin embargo fue, en cuanto poeta de transición, precursor de los modernistas, la influencia del claro soñador mejicano sobrevivió en Amado Nervo, Luis G. Urbina y otros metrificadores del Anáhuac. En Venezuela suscitó la vocación lírica de otro elegista, en quien un intenso amor de la naturaleza se unió a la melancolía innata que fue acaso en él presentimiento del más crudo infortunio y de la muerte de hospital que lo esperaba antes de los treinta años. Me refiero a Víctor M. Racamonde. No hubo quizás país de nuestra América donde no se imitase a Gutiérrez Najera; y, sin quizás, ninguno existe donde las mujeres desajasen de rendirle culto. Yo he encontrado su retrato en un rancho de las soledades orinocenses, entre una virgen del Carmen y un ramo de flores.

La Revista Azul, que dirigió Gutiérrez Najera en la capital de su país por los años de 1892 y 1893, si la me-

moria no traiciona el recuerdo, contribuyó a divulgar la obra del poeta en el Continente del Sur. Cuando murió, aún joven en 1895, su muerte fue para los literatos novomundanos un duelo casi continental, a pesar de la dolorosa incomunicación de nuestros centros intelectuales.

Manuel Gutiérrez Nájera representa en la historia literaria de América lo que representan Miranda o Nari-en su historia política: fue un Precursor.

Madrid, 1915.

R. BLANCO-FOMBONA.

EL PASO DE LOS ANDES

Al señor doctor don Rafael M. Carrasquilla, vástago de próceres, en las bodas de plata de su Rectorado en el Colegio del Rosario.

DICE Thiers, al hablar del célebre paso de los Alpes por Napoleón, que fue esta empresa superior a la de Aníbal. El Gran Emperador tenía también de su campaña el más alto concepto, pues cuando quiso que el divino David lo inmortalizara sobre el lienzo, le pidió que lo representase trepando los riscos nevados del San Bernardo, *calme sur un cheval fougueux*. Y la hazaña del cartaginés llena una de las más bellas páginas de la historia militar del género humano, como lo observa Prévost-Paradol.

A las aventuras inmortales de Barca y de Bonaparte ha sido comparada—entre otros por Carlyle—la que Bolívar realizó cuando a través de los ventisqueros de Pisba, en las alturas andinas, trajo de las cálidas llanuras que bañan el Apure y el Arauca, al corazón mismo de la Nueva Granada, la libertad y la vida; cuando—para va-

lernos de la frase admirable del General Santander—ese hombre (Bolívar) se hizo superior a todos los hombres.

El austero profesor de la Universidad de Yale, Mr. Hiran Bingham, quiso estudiar sobre el terreno, hace algunos meses, la que él consideraba fantástica leyenda; al efecto, recorrió exactamente, pero en pleno verano, la ruta del ejército libertador, y escribió luégo en un libro que le abrió las puertas de la Academia de Historia:

«Siempre había considerado que las dificultades de esta marcha, que ha sido comparada con las de Aníbal y Napoleón, habían sido grandemente exageradas».

Y concluye el sabio yanqui:

«Al conocer por mí mismo las dificultades de la famosa marcha de Bolívar, he llegado a la conclusión de que todavía no se ha dicho a tal respecto la mitad de lo que puede decirse».

Fue aquello—exclama Blanco-Fombona—un vuelo de condores!

*
* *

Ahora es 1819. El 8 de febrero reúne Bolívar el Congreso de Angostura. Elegido Presidente, organiza rápidamente el Gobierno. Encarga luégo del Ejecutivo al Vicepresidente Zea, y él sale a conquistar esa República que sólo existía—como se ha dicho hermosamente—en las puntas de las bayonetas patriotas.

Reunidos el Libertador y Páez en las vastas soledades del occidente de Venezuela, sostuvieron una campaña de asaltos, de emboscadas y de escaramuzas constantes, con las aguerridas huestes de Morillo. El 2 de abril es el épico día de las Queseras. Retrocede el Pacificador en busca de cuarteles de invierno, y Bolívar y Páez, en Rincón Hondo, cerca del Apure, dedícanse a preparar el ejército para próximas campañas.

La Nueva Granada dormía un sueño de ignominia y de sangre bajo el tacón ferrado de don Juan Sámano. Era la noche del Terror. Aun en los ánimos mejor templados y más optimistas, la esperanza comenzaba a faltar. Sólo en los Llanos un puñado de valientes, inspirados por el genio de Santander, mantenían el fuego sagrado, como los cristianos de los tiempos heroicos en las catacumbas legendarias.

(En Casanare tres lanceros ilustres, Juan Galea, Ramón Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno, acaudillan partidas patriotas. Pero entre ellos reina una terrible discordia. Santander llega de Guayana, en noviembre de 1818, con cuatro compañeros: el Coronel Jacinto Lara y los Comandantes Antonio Obando, Joaquín París y Vicente González. Todos aclaman por Jefe al cucuteño insigne; la discordia cesa, y tres meses después un ejército de 1.200 infantes y 600 jinetes rodeaba en las pampas la bandera republicana. La actividad y la prudencia del joven General fueron maravillosas. El preparó la victoria).

Comprendía Santander que era el momento de renovar la lucha en la Nueva Granada. Aquí no se peleaba desde 1816, y las gentes, exasperadas por las crueldades españolas, sólo esperaban un jefe y algunos elementos de guerra para alzarse contra los opresores, combatir y vencer.

Así lo escribió al Libertador. Este le contestaba el 18 de mayo:

«Oportunamente he tenido la satisfacción de recibir los diferentes oficios de usted, fechas 9, 22 y 23 de abril y 5 del corriente. Quedo impuesto de sus contenidos.

«He celebrado infinito las ventajas que ha alcanzado usted sobre la División enemiga que amenazaba esa Provincia. La conducta prudente de usted ha salvado el país de la invasión, ha asegurado la suerte de la División de su mando y ha destruido al enemigo, introduciendo la de-

serción en sus tropas y haciéndoles perder la moral sin aventurar un combate. Doy a usted las gracias por todos estos sucesos, que aunque pequeños, son preliminares seguros de otros más completos y decisivos».

Dos días después agregaba:

«Para ejecutar una expedición que medito a la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luego que haya formado el plan y combinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa.

«Aún no sé positivamente el día, ni me he decidido sobre el modo en que debe ejecutarse: así me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted solo, sólo debe saberlo».

Santander le respondía el 27:

«No puedo significar a Vuestra Excelencia todo el placer que ha producido en mi corazón la orden de 20 del corriente, en que Vuestra Excelencia me manda estar preparado para cooperar con el cuerpo de tropas de mi mando a una operación sobre la Nueva Granada. Todas las providencias convenientes están ya tomadas, y aunque no es posible mantener reunido en un solo punto todo el ejército, porque indispensablemente padecería o la caballería o la infantería, están los cuerpos situados de manera que pueden ser concentrados para seguir marcha. Descúidese Vuestra Excelencia por lo que respecta a mi División, que jamás me retardaré en operar.

«Sean cuales fueren los planes de los enemigos con respecto al Reino, yo me atrevo a asegurar a Vuestra Excelencia, por lo que he observado, que una operación si-

multánea sobre aquel país va a ser decisiva, muy feliz y capaz de proveernos de medios para oponernos a los esfuerzos del Gabinete español, que siempre querrá reponer el actual mal estado de sus negocios en este continente. Si es positivo que Mac-Gregor amenaza la costa de la derecha del Magdalena, si por Cúcuta un cuerpo de tropas penetra, y yo me muevo a la cordillera, crea Vuestra Excelencia que no pueden defenderse los enemigos, sino en Cartagena».

Los dos grandes hombres llegaron a entenderse. Enterado Bolívar por el Coronel Lara, Enviado de Santander, de las ventajas por éste obtenidas sobre una División realista de 3.000 hombres que pretendió adueñarse de los Llanos, llegando hasta Pore, y que hubo de volverse a Tunja, rechazada por los republicanos, meditó detenidamente sobre la propuesta invasión. Si ésta se realizaba felizmente, se privaría a los realistas de los inmensos recursos que suministraba el rico suelo granadino; se daría aliento a sus perseguidos habitantes, y podría entablarse correspondencia con los libertadores de Chile. Comenzaba la estación de las lluvias. Las llanuras iban a inundarse, y el ejército de Morillo, retirado a sus cuarteles de invierno, no tendría noticia sino demasiado tarde de los movimientos del ejército independiente. Los sojuzgadores de la Nueva Granada se consideraban al abrigo de toda invasión, y necesariamente estarían separados en acantonamientos distantes. Pensó también el Libertador en el hambre, la desnudez y las enfermedades que iban a diezmar su ejército si durante el invierno permanecía en aquel país ardiente, lleno de lagunas, esteros y pantanos formados por las inundaciones de los ríos. Y sobre todo, algo como un rojo relámpago de gloria brillaba para el Genio, del otro lado de los Andes.

«El 23 de mayo, en marcha al Mantecal—dice el General O'Leary en sus *Memorias*,—convocó Bolívar a junta de guerra a los jefes del ejército. Asistieron a ella Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique. En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar las tropas había matado no hacía mucho una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir de los destinos de América. No de otro modo se me figura deliberarían Rómulo y sus compañeros cuando resolvieron trazar los estrechos límites de la Ciudad Eterna. Habló Bolívar, y repitiendo lo que ya había dicho a Páez, pintóles el estado del ejército, del peligro de permanecer en los Llanos durante la estación de las lluvias, consumiendo sus recursos y expuestos a las enfermedades en climas tan mortíferos. Leyó en seguida Soublette, Jefe del Estado Mayor, los despachos que se habían recibido de Casanare, y volviendo Bolívar a tomar la palabra expuso su plan de sorprender al enemigo que ocupaba la Nueva Granada, y que para ejecutarlo la invadiría por la vía de Cúcuta, con las Divisiones de Páez y Anzoátegui, en tanto que Santander haría una diversión por Casanare. Empero, no era éste su verdadero plan; sin embargo, encargó a todos los presentes la más absoluta reserva, a que ninguno de ellos faltó; todos aprobaron el proyecto, menos Iribarren, único que pocos días después trató de frustrarlo, induciendo a la desertión al cuerpo que él mandaba».

Bolívar despachó inmediatamente comunicaciones para el Vicepresidente Zea, para Páez y para Santander, en las cuales les desarrolla el mismo plan indicado en la céle-

bre junta que de manera tan brillante nos ha descrito O'Leary, pues hasta última hora conservó solamente para él la verdadera clave de su empresa.

El 27 de mayo de 1819—según el prolijo itinerario que corre publicado en los *Documentos* de Blanco—se puso el ejército en marcha. Simultáneamente se acentuó el rigor de las lluvias. Y la inundación de los Llanos, que por una parte facilitaba el plan de Bolívar, por cuanto retenía a Morillo en sus acantonamientos, por otra parte estorbaba su paso para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión, cubierta casi totalmente de agua; vadear siete caudalosos ríos a nado, conduciendo su material de guerra, y aún le quedaría la mayor dificultad a vencer—dice el historiador argentino Mitre—que era el paso de la cordillera nevada en pleno invierno.

El 2 de junio llegó el ejército a la ciudad de Guasdalito, y al día siguiente, después de larga conferencia entre Bolívar y Páez, se publicó allí en la orden general el verdadero plan de la campaña, el cual se comunicó al Vicepresidente del Estado en la siguiente nota:

«Aunque la empresa es fácil del modo que la anuncié a Vuestra Excelencia, para asegurar más el resultado he variado las operaciones. En lugar de ir a Cúcuta me dirijo a Casanare con la infantería. Reunido allí con el señor General Santander, ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada.

«Entretanto el señor General Páez, con una columna de caballería, tomará los valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque u obligamos al enemigo a concentrar las fuerzas en Sogamoso, o a dividirlas para atender a todas partes.

«En el primer caso nos abandona las Provincias de Pamplona y Socorro, y parte de las de Santamarta y Tunja.

«En el segundo nos será más fácil batirlo y es seguro el resultado.

«Cualquiera que sea el plan que el enemigo adopte, luego que hayamos entrado al interior de la Nueva Granada, quedaré yo mandando el ejército todo reunido, y el señor General Páez volará a continuar en el mando de esta Provincia y del cuerpo de ejército que la cubre.

«La mayor parte o casi toda nuestra caballería queda aquí obrando en dos divisiones. Una a las órdenes del señor General Torres, sitia a San Fernando y defiende el Apure desde Nutrias para abajo. Otra, al mando del señor Coronel Arismendi, marcha mañana hacia Barinas a hacer incursiones sobre el enemigo para entretenerlo y sacar todas las ventajas posibles.....»

El plan de campaña era, como se ve, sencillo. Cuando Santander tuvo noticia pormenorizada de él, por conducto del Coronel Lara, experimentó la más viva complejencia. El 1.º de junio había escrito a Briceño Méndez:

«Si el General Bolívar desiste de sus últimos proyectos, yo estoy resuelto a hacer la calaverada de internarme con lo que tengo».

Algunos oficiales venezolanos rechazaron abiertamente las resoluciones del alto Comando; otros las aceptaron mal de su grado. El Coronel Iribarren desertó con todo su escuadrón de húsares. Tampoco siguió el Coronel Ranjel, alegando enfermedad. En cambio, el noble Rook, jefe de la Legión británica; interrogado por el Libertador al respecto, respondió:

«Yo, mi General, seguiré a Vuestra Excelencia hasta más allá del Cabo de Hornos, si fuere necesario».

El día 4 comenzó el ejército a vadear el Arauca. El 5 acabó de pasar el río, estuvo formado en la villa y fue a acampar en Cuatromatas, Provincia de Casanare, la cual,

aunque en aquel tiempo se gobernaba por leyes y magistrados de Venezuela, formaba parte del territorio granadino.

En los días 6 y 7 se continuó la marcha y se atravesó el célebre esteró de Cachicamo, temible laguna que constituía uno de los mayores obstáculos del camino.

El historiador O'Leary, testigo actuario, refiere:

«Las lluvias habían comenzado con rigor inusitado y caían a torrentes. Arroyos que apenas tenían agua en el verano, ahora inundaban las sabanas; riachuelos que poco antes no contenían agua suficiente para apagar la sed del viajero, se habían convertido, desbordando su cauce, en ríos navegables. Para pasarlos era necesario construir botes de cuero, ya con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, ya para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar. Durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada que ni aun de ella se servía para cubrirse; tanto era el empeño de proteger su fusil y sus municiones».

Después de cruzar los ríos Lipa, Guiloto, Ele y Cravo, todos salidos de madre, y varios traicioneros caños, llegó la expedición el 13 al pueblo de Tame y el 14 a Betoyes, donde una abundante provisión de carnes, sal y plátanos y un descanso de cuatro días, rehabilitaron a la tropa para continuar su odisea.

El Libertador y Santander estaban juntos desde el 11 y se ocupaban constantemente en la organización y dirección de la campaña. Soublette, Jefe del Estado Mayor, era un auxiliar insuperable.

El 22 llegaron a Pore, capital de la Provincia de Cananare. El estado de la fuerza era en realidad lamentable. De él puede dar idea el siguiente episodio, que relata el

distinguido historiógrafo B. Matos Hurtado: El valiente Comandante Ramón Nonato Pérez quiso obsequiar al Libertador y a los jefes del ejército con un piquete a la llanera; con este objeto logró conseguir unas panelas, y en vasijas de barro cocido preparó un guarapo «entre fuerte y dulce», como dicen los llaneros, que, junto con una gorda y bien asada novilla, compondrían el banquete. A las tres de la tarde, en un sitio cercano de la población, bajo el azul sereno de los cielos y en medio de la más franca cordialidad, se dio principio al piquete que, humeante y oloroso, sobre verdes hojas de palma, era como una insinuación y como una llamada al apetito. El Coronel Rook, como buen inglés, quiso presentarse correctamente vestido, y al efecto limpió su vieja y rota casaca militar, se la plantó sobre el limpio pellejo y con espinas de chonta se la cerró rigurosamente desde el cuello. En la mitad de la comida el Libertador advirtió la ausencia de ropas interiores en el pulcrísimo jefe del Regimiento *Albión*, y sin poderse contener, preguntóle:

—Coronel Rook, ¿no tiene usted camisa?

—Creo que no, mi General, respondió el rubicundo militar entre azorado y placentero.

Bolívar llamó inmediatamente a su mayordomo, el fiel José Palacios, y le ordenó que diera al Coronel Rook una camisa.

—¿Cuál? preguntó Palacios todo ofuscado; Vuestra Excelencia no tiene sino dos: la que se puso hoy y la rota que se quitó la estoy lavando...

Este incidente produjo una risotada estrepitosa, aumentó la alegría de los concurrentes, desató las lenguas, y el chiste fino, el comentario oportuno y la anécdota feliz, volaron como vistosas mariposas en aquella tarde apacible en que nuestros libertadores olvidaron por un momento las penalidades y las graves atenciones de la guerra.

Eran 2.500 estos desarrapados sublimes, que con sus

fuertes lanzas y sus harapos gloriosos, con su alma y su sangre—como de los soldados de Artigas dijo Héctor Miranda—consagraban la historia americana.

La División de vanguardia quedó constituida por la fuerza granadina de Santander: cuatro batallones, mandados por los Coroneles Antonio Obando, Antonio Arredondo, José María Cancino y Pedro Fortoul, y los escuadrones de Pérez y Moreno. La División de retaguardia, regida por el General Anzoátegui, se componía de cuatro cuerpos de infantería y cuatro de caballería, al mando respectivo de Arturo Sander, Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza, Jaime Rook, Hermenegildo Mujica, Leonardo Infante, Juan José Rondón y Juan Mellao.

Como lo observó ya el doctor Camacho Roldán, era este un ejército de jóvenes, en el que el General en Jefe—el Libertador—no había cumplido treinta y seis años; el General Soublette, Jefe del Estado Mayor, no llegaba a treinta; el General Anzoátegui, Jefe de una de las divisiones, apenas había cumplido veintinueve, y el General Santander, Jefe de la otra, tan sólo veintisiete. Entre los jefes de los cuerpos, sólo el Coronel Fortoul llegaba a los treinta y nueve años; Obando y Cancino tenían veintinueve. Los Comandantes Ramón Guerra y Joaquín París no pasaban de veinticuatro, y José María Córdoba apenas había cumplido veinte!

El 23 de junio llegaron las tropas a Nunchía; pasaron el 24 el río de este nombre y el Tocaría; el 25 estuvieron en Morcote, y el 26 en la altura de Chitabaca o páramo de los Llaneros.

«Al trasladarse el ejército invasor del llano a la montaña—escribe el citado historiador de Sanmartín—el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban a la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie se sucedían gran-

des masas de aguas que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigantescos, que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse a pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes, formados con troncos de árboles, o por medio de las aéreas taravitas; cuando daban vado eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello, para vencer el ímpetu de la corriente, que arrasaba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia a caballo estos torrentes, transportando a la grupa, de una orilla a otra, a los enfermos, a los más débiles y a las mujeres que acompañaban a sus soldados.

«Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña.

«A medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve forman el límite monótono del desierto escenario; las nubes, que coronan las selvas de la falda, vense a los pies, en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso, cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de torrentes lejanos y el grito del condor. La vegetación desaparece y sólo crecen allí los líquenes, y una planta que, por su tronco con hojas velludas a manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada a una antorcha sepulcral. Para hacer más lúgubre el camino, todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos a lo largo de él. Este es el páramo».

El 27 en Paya—las *Termópilas de Paya*—topó la vanguardia libertadora con un destacamento realista de 300 hombres, que arrolló fácilmente, obligándolo a retirarse a Labranzagrande. El Coronel José María Barreiro, pundonoroso Lugarteniente del Monarca español en aquellas regiones, tenía su cuartel general en Sogamoso.

El éxito de Paya reanimó un tanto el ánimo abatido de los expedicionarios. Sin embargo, entre algunos oficiales venezolanos el descontento y las murmuraciones no cesaban. Bolívar mismo como que vaciló. Para consultarles sobre la continuación de la campaña, reunió entonces, efectivamente, a los principales jefes. Dos manuscritos recientemente publicados dan bastante luz sobre este incidente, y sin amenguar la gloria de Bolívar, agigantan la figura de Santander.

Dice el General Antonio Obando en su *Autobiografía*:

«El General Bolívar acampó con la retaguardia a dos horas de Paya, y la vanguardia en el mismo pueblo. Allí permanecimos por unos días. El General Bolívar llamó a Santander y le manifestó la necesidad en que se encontraban de retirarse para el Llano, por la desnudez en que se hallaba la tropa y por los pocos víveres con que se contaba, que consistían en noventa reses, y además, en la travesía del páramo era de temerse que mucha de la tropa se emparamaría, por no tener con qué cubrirse; que en el Llano se aguardarían recursos de Guayana y se volvería a emprender la campaña. El General Santander, sin convenir, regresó a nuestro campo; nos reunió a Arredondo, Jefe del batallón *Cazadores*; a Joaquín París, Sargento Mayor; a mí, Jefe del batallón de *Línea*; a Ramón Guerra, Sargento Mayor, y al Comandante José María Cancino, Jefe del Parque, y nos hizo presente la resolución que pensaba tomar el General Bolívar. Tomé yo entonces

la palabra y dije: "Desde el Alto de Morcote me apeé de mi mula, me acosté de espaldas sobre la verde yerba, y con los pies hice la cruz a los Llanos y juré no volver a ellos por mi gusto, sino amarrado. Que se retire el General Bolívar enhorabuena, que yo estoy resuelto a internarme con mi batallón, dispersarlo en guerrillas y hacer así la guerra a los españoles." Arredondo habló en el mismo sentido, y los otros jefes apoyaron nuestra resolución. Volvió Santander al campo de Bolívar, le hizo presente cuál había sido nuestro modo de pensar, y volvió, haciéndonos mil reflexiones a nombre del Jefe Supremo y constituyéndonos responsables de la suerte del país si se disolvía de aquella manera ese lucido ejército. Nosotros insistimos en nuestro propósito, y lo habríamos ejecutado si el General Bolívar no cede y se resuelve a continuar la marcha».

Y don Manuel Reyes Valderrama en sus *Recuerdos*, escritos sobre lo que oyó contar a su padre, el General Reyes Patria, agrega:

«Al empezar a subir la cordillera, en 1819, Santander llevaba la vanguardia; Patria era capitán del batallón *Cazadores*. Vencen en Paya, que se llamó las *Termópilas de Paya*; allí existen las trincheras en forma de estrella y rodeadas de foso, muy bien construidas, de piedra y ladrillo; los españoles las tuvieron que abandonar; allí fue herido Patria por una bala que le atravesó el muslo, y allí fue ascendido a Comandante. Santander fue llamado al Llano de Miguel, a retaguardia, para en junta de generales decidir si debía continuarse o no la marcha del paso de la cordillera; Santander tenía ya los votos favorables de los granadinos que con él vencieron en Paya: los Coroneles Pedro Fortoul, Antonio Obando, Antonio Arredondo y José María Cancino, y los Mayores Joaquín París y Ramón Guerra. Santander, Lara y Anzoátegui decidieron a la junta a dar voto afirmativo».

Pasados algunos días de descanso en los cuarteles de Paya y San Miguel, continuó su marcha el ejército el 2 de julio. Los realistas fortificaron el camino de Labranzagrande, único que creyeron posible para los patriotas, pues el que cruza el páramo de Pisba, en aquella época del año era intransitable. Sin embargo, éste fue el escogido por los nuestros. Las penalidades por ellos experimentadas en esa epopeya sin segundo, superan a cuanto pueda imaginarse. Era tal el estado de miseria, que sólo muy pocos soldados conservaban su chaqueta o sus calzones, y la mayor parte por único abrigo llevaba un *guayuco* a la cintura. Y esos hijos del sol y de la pampa, criados sobre el caballo, atravesaron así desnudos, pisando escarcha y recibiendo agua helada sobre las espaldas, la mole de los Andes. Más de ciento murieron por el rigor del frío, algunos desertaron y otros enfermos quedaron a la vera. Los caballos sucumbieron todos. Hombres y brutos, arneses y monturas, armas y pertrechos, en pavoroso hacinamiento, pudriéronse en el fango. Allí no hubo frailes hospitalarios, que vino, pan y abrigo brindaran a las tropas como en la jornada napoleónica. No. En Pisba todo es desolación y desamparo, todo es horror y espanto.

Tito Salas, el gran pintor venezolano, ha guardado en su *Tríptico* admirable todo el trágico padecer de aquella gente heroica:

O'Leary, uno de los bravos ingleses que acompañaron a los criollos americanos en esa expedición por siempre memorable, escribe con la parsimonia propia de su raza:

«En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que

eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba, y acampó allí; noche horrible fue aquella, pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie, y un viento helado y perenne apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían. Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados, y en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados, y así logró salvarse a un Coronel de caballería. Durante la marcha de este día me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga, y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría; contestóme que la mujer de un soldado del batallón *Rifles* estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.

«Cien hombres hubieran bastado para destruir el ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del

camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el Presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha».

El 5 de julio la vanguardia del ejército republicano ocupó el pueblo de Socha, en la Provincia de Tunja, sobre el ubérrimo valle de Sogamoso. Atrás quedaron ya las funestas montañas cubiertas de brumas y de nieve. Los soldados juraron entonces seguir adelante y vencer o morir, antes que emprender por ellas retirada, pues era ésta más temible que cualquier enemigo.

La situación de nuestra gente no podía ser más desastrosa. «Turba de bandidos» la apellidó el jefe realista. Sin embargo, le habría cuadrado mejor el nombre que dio Ibsen a su gran drama: *Los Espectros*.

Pero Bolívar obra entonces milagros. Ayudado eficazmente por Anzoátegui y por Soubllette, y principalmente por Santander—Carnot de aquella campaña,—en tres días junta caballos, remonta y arma jinetes, raciona y viste la tropa, manda auxilios a los atrasados, reúne el parque, arregla el armamento; en una palabra, rehace el ejército.

El pueblo granadino recibió con delirante alegría a las huestes libertadoras. La noticia de su llegada se esparció con rapidez vertiginosa, y de todas partes comenzaron a surgir voluntarios, víveres, vituallas, bagajes, armas y dinero para ellas.

Barreiro estaba tranquilo en Sogamoso, convencido de que su avanzada de Labranzagrande atajaría con suma facilidad a los andrajosos insurgentes. Así, pues, la nueva

del arribo de Bolívar a Socha, cayó en el cuartel general realista como una bomba.

El día 7 Bolívar envió al Teniente Coronel Antonio María Durán con un piquete de *Guías*, a reconocer el campo. En los Corrales de Bonza sorprendieron y capturaron un destacamento realista. Entonces Barreiro hizo un movimiento en aquella dirección con la fuerza que tenía a sus inmediatas órdenes. El 10 la replegó sobre la peña de Tópaga, y Bolívar replegó también a Tasco. El 11 tomó la ofensiva el jefe español, pasó el río Gámeza y al ver que Santander avanzaba, se retiró de nuevo a Tópaga. Abiertos los fuegos, los republicanos pasaron el río por el puente, desalojando de allí al contrario, visto lo cual el jefe realista se hizo fuerte en los Molinos, posición que respetaron los patriotas. El plan de Barreiro era esquivar un combate, para dar tiempo a que llegaran las fuerzas que venían en su auxilio.

Un hábil movimiento de flanco sobre Santa Rosa puso al ejército independiente en posesión del valle de Sogamoso y en comunicación con el Socorro y Pamplona, a la vez que obligó a Barreiro a replegarse sobre Tunja, ocupando la fuerte posición de los Molinos de Bonza, que Bolívar no pensó en forzar.

Un segundo movimiento de flanco por el camino que conduce a Paipa, amenazó la retaguardia de Barreiro, quien al observar el movimiento enemigo vino rápidamente a interponerse en las alturas del Pantano de Vargas. Los dos ejércitos se encontraron el 25. Reñido y terrible fue este encuentro. Dos veces la victoria estuvo por parte de los realistas, pero una heroica carga de caballería dirigida por Rondón, salvó al ejército republicano. La noche y la lluvia pusieron fin a la jornada. Al otro día los dos contendientes volvieron a las mismas posiciones que tenían antes de la batalla. Ninguno se atrevió a renovar el ataque.

Muy discutido técnicamente ha sido el combate de Vargas. Para unos fue la realización admirable de un plan preconcebido por Bolívar y una victoria decisiva de él. Para otros fue una aventura desatinada, que milagrosamente resultó bien. El asunto se ha debatido recientemente en la *Revista del Estado Mayor de Colombia*, donde parece que se ha llegado a esta conclusión, propuesta antes por el General Vergara y Velasco:

«Batalla indecisa, tácticamente hablando, pero que rompe en beneficio de los libres el equilibrio de las fuerzas morales».

Conclusión que concuerda con la siguiente del disertado historiador militar venezolano Lino Duarte Level, a quien seguimos en el estudio crítico de esta campaña:

«Considerada desde el punto de vista militar, la batalla de Vargas decidió de la campaña de la Nueva Granada. No fue un combate decisivo en el sentido material de la lucha, pero cambió la situación de los combatientes y obligó al español a estar a la defensiva, que era lo peor que pudo haber hecho en aquellas circunstancias».

Si Barreiro hubiese atacado a Bolívar al día siguiente de Vargas, todas las probabilidades son de que lo hubiese destruido. No pudo hacerlo por lo quebrantado que quedó del combate. Esto dio tiempo a Bolívar, que era lo urgente e indispensable por el momento.

Repuesto el ejército libertador con los voluntarios y reclutas que llegaban al campamento, tomó la ofensiva el 3 de agosto. El movimiento de Bolívar fue tan atrevido que desconcertó al contrario.

Barreiro ocupó la confluencia de los caminos de Tunja y el Socorro; los republicanos marcharon hacia el Socorro, pasaron en la noche el puente de Paipa y acamparon a la orilla derecha del río Sogamoso. Frente a frente

estuvieron los contendores el día 4. En la tarde Bolívar repasó el puente y emprendió la retirada, pero a las ocho de la noche contramarchó sobre Tunja por el camino de Toca. Con gran sorpresa de Barreiro, al amanecer del 5 Tunja estaba en poder de su enemigo. Rápidamente marchó para esta plaza, por el camino principal de Paipa. El 6 estuvo en Cómbita, a legua y media de Tunja. Reunió entonces una junta de guerra, en la cual se resolvió interponerse a todo trance entre Bolívar y Bogotá, pues de lo contrario el insurgente se tomaría la capital, donde el Virrey sólo estaba acompañado de 400 hombres.

Tres caminos hay de Paipa para Bogotá. El mejor pasa por Tunja y estaba en manos de Bolívar; otro pasa al oeste y está separado de aquella ciudad por una alta fila: éste fue el que tomó Barreiro. Ambos caminos se juntan en el puente sobre el río Boyacá. A los lados del río se levantan cerros de difícil acceso, y más aún bajo fuegos enemigos. Al llegar al puente, Barreiro creyó tener al frente un cuerpo de observación: era Bolívar, que conociendo sus planes, había venido para impedirle el paso. Cuando la vanguardia realista atravesó el puente, después de medio día, la infantería patriota ocupaba una altura que domina la posición.

Tenía Barreiro 3.000 hombres. Los soldados de Bolívar llegarían a 2.000.

Rotos los fuegos, la vanguardia realista fue obligada a repasar el puente. Quiso el español intentar un movimiento sobre su derecha, y no pudo conseguirlo. Entonces se estuvo a la defensiva en una altura coronada por la artillería y con cuerpos de caballería a los costados. La acción se concentró sobre el puente, atacado por Santander y defendido por el Coronel Francisco Jiménez: ambos conservaron sus posiciones en cada uno de los extremos del puente. A este tiempo dos cuerpos marcharon sobre los realistas, y el del centro con Anzoátegui a la cabeza, des-

preciando los fuegos del flanco izquierdo contrario, atacó el grupo principal. Rudo y corto fue el combate, porque la caballería republicana encontró vado en la parte baja del río y cayó sobre un flanco y la retaguardia de los españoles, que estaba empeñada en la defensa del puente y del ataque republicano. Perdió Barreiro la posición, pero intentó defenderse en cercana altura. No pudo lograrlo, porque parte de su caballería huyó acobardada. En vano trató gallardamente otro cuerpo de jinetes de contener la derrota, pues fue completamente despedazado. Jiménez flaqueó al ver perdida la batalla y trató de retirarse, dejando libre el puente. Santander entró rápidamente y con una carga por la izquierda consumó la derrota del español. No era posible retirarse, porque tres masas convergían sobre él, y Barreiro, Jiménez, todo el ejército español, se rindió. Habíase combatido durante cuatro horas. Desde el principio de la acción la artillería realista había sido arrebatada por la Legión británica.

El ilustre Soublotte dijo en el parte oficial de la batalla:

«Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo y pocas veces habían combatido con tropas tan bien disciplinadas y armadas».

Y don Pablo Morillo al Ministro de Guerra español:

«Bolívar en un solo día acabó con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquistó lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates....»

Cuatro días después los vencedores ocuparon a Bogotá, abandonado en fuga vergonzosa por Sámano y Calzada. Había ya patria para los granadinos, y Santander, organizador de la victoria, iba a organizar la República.

*
*
*

La batalla de Boyacá pone fin a la gesta gloriosa del paso de los Andes. Al caer la tarde del 7 de agosto de 1819, la Nueva Granada era libre. Y las espadas consagradas por el triunfo ese día, invencibles fueron luego, a través de toda la brega libertadora de la América. Consecuencia lógica de Vargas y Boyacá fueron Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho. Tres pueblos libres constituyeron la Gran República de Colombia; los colombianos hicieron en seguida la libertad del Perú, y por último, nació también Bolivia a la vida de las naciones, para guardar por los siglos de los siglos—tesoro inmarcesible—el nombre epónimo del Genio.

FABIO LOZANO Y LOZANO.

Bogotá, agosto de 1915.

UN EPISODIO EN EL LLANO

Para REVISTA MODERNA.

I

ME hallaba en Orocué en enero de 189... y había trabado amistad con uno de los más ricos propietarios de Casanare.

Hablábamos una tarde acerca de la fauna y la flora del Llano, y mi amigo me narró un episodio ocurrido en la región de San Martín: a orillas de uno de los brazos del caudaloso Guayuríba se encontraban el General Carlos Cuervo Márquez, el Reverendo Padre Vela, de grata recordación, y don Leonidas Cubillos, Prefecto de la Intendencia del Meta. Se ocupaban en picar un corpulento avichurí con el fin de recoger la sabrosa y abundante leche que produce el árbol, condensarla y estudiar ese pro-

ducto. Dedicados estaban a tal labor cuando de pronto sintieron que se movía el mullido piso de hojarasca; ni aun tuvieron tiempo de ponerse en guardia, porque en el acto surgieron de entre las hojas, bajo sus pies, los grandes anillos de un güio al cual el señor Cubillos dio muerte con certeros golpes de machete ¹.

Según lo apunta el mismo General Cuervo Márquez en su interesante libro *Prehistoria y viajes*, «el güio (*eunectes*) es la más grande de las serpientes americanas, y en ocasiones alcanza una longitud de ocho metros por cincuenta centímetros de diámetro en su mayor grueso; tiene gran resistencia vital y está dotado de extraordinaria fuerza de constricción. Cuando se quiere arrastrar a uno de estos animales, después de herido, apegándolo con rejos a una yunta de bueyes, principia a ceder alargando el cuerpo hasta reducirlo a un diámetro increíble por lo pequeño: entonces comienza el movimiento de constricción, sin punto de apoyo aparente, y, según se dice, los bueyes no pueden resistir a pesar de sus esfuerzos y son arrastrados por el reptil».

Acababa de contar mi amigo esa aventura de la vida del Llano, que tenía de boca del señor Cubillos, cuando entró el administrador de uno de sus hatos. Era un mozo como hasta de treinta años, de piel bronceada, bien musculado, nariz afilada, ojos negros y centelleantes. Vestía camisa de zaraza rosada, ruana blanca y calzón de manta. De la bandolera de cuero sin curtir pendía el machete, arma que debía ser terrible en su nervudo brazo. Calzaba espuelas de puntas aceradas, y en la mano sostenía el sombrero de palmiche.

Después de interrogarlo sobre la vacada, mi amigo preguntó:

1. Con la piel de este boa se halla tapizado el mobiliario de galería de la casa del General Cuervo Márquez, en Bogotá.—(N. de la D.).

—¿Y por fin te acercaste a la *punta* del Palmar? ¹.

—De ella no puedo dar razón al patrón, porque el toro *Miedo* hace tiempo que no deja arrimar. Arremete a distancia, y como no hay orden de matarlo....

—Ya que tenemos que *rodear*, habrá que darle caza.

Y volviéndose hacia mí, dijo: ¿Quiere usted ser de la partida?

¡Darle caza a un toro bravío en los Llanos de Casanare, al *Miedo*, que no dejaba acercar a diez cuadras de su harem!

Acepté gustoso. Se acordó que la batida tendría lugar al día siguiente.

La noticia se extendió bien pronto por el pueblo. Hubo treinta personas invitadas; y en la noche tuvo lugar una reunión para acordar el plan de ataque. Este fue sencillo: un viejo casanareño, más vaquero que viejo, dirigiría la maniobra. Los demás quedaríamos a sus órdenes. El lugar de cita fue la plaza de Orocué, a la media noche del siguiente día.

La carne de la fiera fue declarada libre. Se convino en que se asaría un *entreverado* en el tambo del hato, en donde los que quisieran esperarían a los cazadores.

Hubo apuestas entre las muchachas del pueblo sobre quién sería el valiente que daría muerte al toro; y no pocas de entre ellas quisieron acompañarnos a la arriesgada cacería.

1. Se da, en Casanare, el nombre de *punta* de ganado a cierto número de hembras que un toro aparta y cuida en determinado lugar.—(N. del A.).

II

A la hora convenida nos encontramos en la plaza del poblado. Pasámos en *curiaras* el caño de Orocué y montámos a caballo. El Palmar dista cinco horas de la población.

Un práctico nos distribuyó en pequeños grupos que, siguiendo distintos *rastros*, deberían llegar a la misma hora a la *punta* del Palmar y formar, al acercarse, una media luna en la que la fiera podría escoger su víctima.

Era una noche de verano. El cielo azul y profundo. La luna lanzaba fantásticamente de soslayo nuestras sombras, que galopaban proyectadas en la grama. El silencio de la ilimitada sabana sólo era roto a tales horas por el sordo golpear de los cascos de nuestras cabalgaduras y por los interminables *galerones* que alternándose, cantaban mis compañeros.

Echen ese toro afuera,
Hijo de la vaca mora,
Para sacarle aquí un lance
Delante de esta señora,
Y si el toro me matare
No me entierren en sagrao
Entiérrenme en un yanito
Onde no pise el ganao,

Dejen una mano afuera
Con lebrero colorao
Pa que digan las muchachas
Aquí murió un desdichao,
No murió de calentura
Ni e punta e costao
Que murió e cacho e toro
Que es un mal desesperao....

Cuando las primeras claridades del alba colorearon la línea del horizonte, como si brotasen de la tierra, vimos dilatarse a nuestro frente como un inmenso lago: era una niebla rastrera que empezaba a levantarse y a desbaratarse en copos que un cuarto de sol naciente teñía de púrpura. Una brisa fresca recorrió la inmensidad. Vacilante y rojo, de un rojo sangriento que se deja mirar, el sol se elevó sobre el Llano. Allá, muy arriba, bandadas de garzas blancas, rosadas, azules, en amplio y elegante sesgo

volaban hacia las orillas del Meta. Más bajos, a tiro de fusil, enormes grullones perezosamente seguían el mismo rumbo.

—El Palmar! gritó el práctico.

Hicimos alto. El sol decía que eran las seis. Poco a poco se fueron acercando en media luna los grupos diseminados de llaneros. De entre éstos unos iban armados con fusil, con lanzas otros, los más con afiladas púas. Consulté mi carabina. No era yo entonces mal tirador.

La voz de un cuerno hendió el espacio. Era el toque de atención, la señal convenida de que estaba a la vista la vacada del *Miedo*.

Reanudámos la marcha. De pronto un jinete gritó:

—¡Allá está! y señalaba con la mano un punto rojo, en la distancia, cerca de un grupo de árboles, a la orilla de un charco.

La media luna se estrechaba más y más. Pero la fiera no levantaba la potente cerviz, no bufaba, no arrancaba, no arremetía!...

Siguió un momento de pintoresca confusión. Los jinetes revoloteaban por entre las vacas que, de pie, sorprendidas, con la cabeza en alto, de frente las orejas, ancha la nariz, la cola levantada, se aprestaban a estallar en carrera vertiginosa, atropellando, arrollándolo todo. Era el pánico, lo que en el Llano se llama *barajustar*. El melancólico *galerón* de los llaneros calmó al ganado en pocos momentos.

El semicírculo se rehizo luégo. Vuelta la emoción a acompañarme, la media luna a estrecharse, a crecer la sorpresa. El toro no arremetía: algo extraordinario pasaba.

Con el testuz humillado, casi contra el suelo, como si una fuerza invisible lo domase, avanzaba, las pezuñas clavadas en la tierra, hasta el tronco de una palmera gigantesca. Luégo, andando hacia atrás, retrocedía unos cuantos metros. Después avanzaba, en seguida retrocedía. Y ese

movimiento se repetía con precisión desesperante, al mismo tiempo que azotaba sus flancos con las crines de la cola.

Con precauciones infinitas nos acercámos a distancia de pocos pasos. Entonces vimos algo que nos heló de horror: un enorme boa constrictor, un güio, lo mantenía sujetado de las narices con sus dientes!

El *Miedo* era un hermoso animal rojo y blanco, de anchas espaldas, recios miembros y poderosa cornamenta. Su sola defensa era el retroceder con todas sus fuerzas y hacer adelgazar al monstruo que lo apresaba. Pero éste se contraía, y atraía entonces a su víctima hasta la palmera, en cuyo tronco con dos vueltas afianzaba la cola. Horrible lazo vivo que domeñaba al rey de la pampa.

El vaquero administrador del hato echó pie a tierra. Con la ruana blanca en la mano izquierda y el reluciente machete en la diestra, avanzó hacia el grupo aterrador. Aprovechando el momento de mayor tensión del boa, de dos hábiles tajos le cortó el cuello. Todos pensábamos que el toro arremetería entonces; pero cruzando las patas delanteras retrocedió unos pasos, quiso huir, exhaló un gran resoplido y se desplomó pesadamente sobre la tierra en medio de contracciones convulsivas.

El cuerpo mutilado del boa rodó por el suelo sin espasmos, como si hiciera largas horas que había muerto.

Inclinóse compasivo el vaquero sobre el toro y le hundió el cuchillo hasta el corazón para aligerar su cruel agonía.

Tanto las señales en el suelo como la extenuación del toro nos revelaban que la lucha llevaba más de cuarenta y ocho horas de empeñada.

Mi amigo, el dueño del hato, hizo arrancar y me obsequió como trofeo la piel del toro, de cuyo testuz pendía la cabeza del güio. Pude observar entonces que los colmillos del boa, encorvados hacia adentro, no hubieran

podido soltar su presa a voluntad; y que en el acto de morder, quizás cuando el toro abrevaba desprevenido en el charco, ambos quedaron condenados a muerte.

Las ventanas del cuero en donde en vida asomaban los redondos ojos del toro, aparecían muchos centímetros abajo de las órbitas; el labio superior descendía en la misma proporción ¡Ciego! ¡Qué trágico fin el de este Laconte de los Llanos!

Con honda emoción dijimos adiós al infortunado *Miedo*, y abandonámos su cadáver a los buitres que, en grandes círculos, se cernían en lo alto observando y midiendo el tiempo.

JOSÉ MARÍA SAIZ.

1915.

Páginas olvidadas.



Roberto de Narváez.

NACIÓ EN BOGOTÁ EL 19 DE OCTUBRE DE 1847.—MURIÓ EN PAIPA EL 26 DE FEBRERO DE 1895.

Cada país, cada ciudad, cada individuo, tienen una psicología, una idiosincrasia que los distingue y caracteriza. La de Bogotá parece haber sido hasta hace corto tiempo el ingenio, el amor a las bellas letras, el gesto imprevisto y elegante del gran señor que derrocha su último ducado en una limosna anónima. Sus hijos tuvieron el buen gusto de no hacer ostentación de su talento; y no pocas veces lo gastaron en el fuego de artificio de la conversación entre íntimos, y sólo por excepción lo cristalizaron en un soneto, en una traducción, en unas redondillas. En el aposento de muchos de los ingenios bogotanos, en noches de charla familiar, se dilapidó más talento que el que necesitaron intelectuales ultramarinos para escribir libros que, forrados en pasta con viñetas coloreadas, circulan por las capitales suramericanas.

Ejemplar brillante de aquellos pródigos del talento fue Roberto de Narváez, de quien con razón se dijo que "conocedor del mundo y de la sociedad, el trato y el estudio le dieron una instrucción tan extensa como sólida, de la que él no usaba sino como por chanza, sin pretensiones de ninguna

especie; se mantuvo libre de la pedantería y de la vanidad, aunque conocía varias literaturas y poseía varios idiomas.

Narváez no dejó un libro; su obra literaria fue reducida. Pero el arte, como las piedras preciosas, se avalora por la calidad. Bastaría que el poeta bogotano hubiera escrito *Anhelo*, soneto que hoy publica REVISTA MODERNA, para que su nombre fuera digno de figurar en una antología.

La musa de Narváez era ora grave y melancólica, ora risueña y festiva. Entre *Nostalgia* y *Glaucofis*, entre *Comida campestre* y *El Armero de Toledo*, existe el abismo que separa unas de otras las horas de todo soñador, para quien no se repiten en un día las sensaciones del mundo externo.

Narváez, quien entre otros importantes cargos desempeñó la Legación de Colombia en los Estados Unidos, fue uno de los últimos representantes de la exquisita cultura y del chiste bogotano de fina ley. La hora de su muerte fue la postrera del Santafé aristocrático y espiritual y la primera del Bogotá incoloro, híbrido y artificial de nuestros días.

SONETO

A Alberto Urdaneta.

¡Alma de duda y desengaños llena!
 ¡Helado corazón, que en la sombría
 Noche de la fatal melancolía
 Sacudes, sollozando, tu cadena!

Déja este suelo ingrato,
 A que es ajena, flor de nuestro pensil, la poesía,
 Y el mundo truéca y su algazara impía
 Del campo amigo por la paz serena.

¡Huyamos! Un rincón, no importa dónde...
 Soledad y silencio, un claro cielo,
 Una choza que entre árboles se esconde,

Y ese cantar del ave, cuyo vuelo
 Pára en el techo y desde allí responde
 Al reclamo de amor... es cuanto anhelo!

EN MIS ENSUEÑOS PERDIDO... (1)

Por más que sea dura cosa
Escribirte a ti en poesía,
Que lo haga en verso y no en prosa
Me ordena la cortesía.

Y temo, porque es que admira
Que sepas con tino igual,
Tierno, manejar la lira,
Docto, el arte judicial.

Mas no importa que mis rimas
No alcancen a tu excelencia,
Sé que, por mías, las estimas,
Y que logran tu indulgencia.

Porque no juzgues capricho
Hablarte con tanto empacho,
Me despacho con lo dicho
Y paso a hablarte de Pacho.

Nunca miré de su cielo
El limpio azul retratado
En el plácido arroyuelo
Que corre manso en el prado;

Ni sus naranjos frondosos,
Ni sus perfumados limos
Mecer al sol orgullosos
El oro de sus racimos.

Mi frente no ha serenado
El soplo con que, en sus lomas,
Susurra el viento cargado
Con sus nocturnos aromas.

(1) Contestación a una carta en que su amigo don Roberto Suárez lo invitaba a pasar una temporada de campo en la hacienda de *La Ferrería*, en Pacho.

Pero en mis horas extrañas
De tristeza y desaliento,
Por su valle y sus montañas
Se lanza mi pensamiento.

Vago por el bosque umbroso
En mis ensueños perdido,
Saciándome de reposo,
De soledad y de olvido.

Amo sus noches estivas
Y sus brillantes mañanas
Que, entre tristes y festivas,
Me pintaron tus hermanas.

Yo sé que un árbol sembrado
En otros tiempos mejores,
Los años de un sér amado
Cuenta en cosecha de flores;

Acaso el nocturno ambiente
Cruce en la noche los mares
Para llevar a la ausente
Aromas de sus azahares.

Aquí el árbol agitado
Del viento, allá la cabaña,
El bosque aquí, allá el collado,
Y más lejos la montaña,

Todo encuentra en tu memoria
Eco, animación y vida;
Páginas son de una historia
Que el corazón nunca olvida.

Tal vez la escondida fuente
Con sus alegres rumores
Memoria traiga a tu mente
De tus primeros amores.

En el alma revolviendo
Esos recuerdos perdidos,
El valle irás recorriendo
Con ojos humedecidos;

Porque ¿quién con el presente
Al comparar el pasado,
Llanto en sus ojos no siente
Del corazón arrancado?

¿Y en dónde encontrar un nombre
Para ese santo cariño
Que en el corazón del hombre
Deja el recuerdo del niño?

Cuando el invierno se avanza
Y se va la primavera
Hacia otros climas se lanza
La golondrina viajera;

Mas tornará en raudo vuelo
Cual vuelven, castas y bellas,
A relucir en el cielo
Las titilantes estrellas;

Vuelve al campo su verdura,
Vuelve el aroma a la flor,
Vuelve al triste la ventura
Y al corazón el amor:

Sólo es eterna la ausencia
De esa apacible fragancia
Que se llama la inocencia
Y que se va con la infancia....

A MELANCOPIIS

Por ti desde Las Nieves, desalado,
Hasta do corre turbio el Manzanares,
Que de nuevo da tema a mis cantares,
Ni al camellón di paz, ni al enlosado.

Por ti, ingrata, gasté de aquel calzado
Que a Quintero dio fama, cinco pares,
Por ti, rondando tus remotos lares,
Me ves de otros amores alejado.

¿Por quién si no por ti desafié el ceño
Del genitor austero y los rigores
Que tu madre en mostrarme puso empeño?

¡Ay! de patrios y extraños amadores,
La multitud es tal que quita el sueño
A quien suspira por tu amor, Dolores!

A GLAUCOPIS

Sin duda por mi audacia en dirigirme
A ti de las catires la primera,
Miro airada tu faz, que placentera
Vi yo en mejores tiempos sonreirme.

Mas no en mi pecho, a las desgracias firme,
Se apagará la que encendiste hoguera,
Ni tu mirada rígida y severa
Me hará de lo jurado arrepentirme.

Méndez, de fuerte brazo y rostro fiero
A alejarme de ti no será parte,
No, ni lo fuera el universo entero.

Tu padre, docto en juicios, adorarte
Vedarme no podrá, sin que primero
Me arrebate el poder de recordarte!

EL NIDO

(DE F. COPPÉE).

En este tan pronto huido
Tiempo que vida se llama,
Anhela todo el que ama,
Ave u hombre, hacer su nido.
Del viejo bosque querido
Ambos a la sombra están;
Allí albergue al amor dan;
Mas pronto se desbaratan
Cuando sus iras desatan
El dolor o el huracán.

De humilde felicidad
Por la esperanza mecido,
También soñé hacer un nido
En oscura soledad.
Mas pronto la realidad
Mató mis sueños de amor
Y hoy, doliente ruiseñor,
Contempló mi pobre nido
Bajo el árbol, destruido
Por el viento del dolor.

LA TUMBA Y LA ROSA

(DE VICTOR HUGO).

La tumba dijo a la rosa:
—«Díme, ¿qué hacés, flor preciosa,
Lo que llora el alba en ti?».

La rosa dijo a la tumba:
—«De cuanto en ti se derrumba,
Hondo abismo, ¿qué haces, dí?»

Y la rosa:—«Tumba oscura,
De cada lágrima pura
Ambar, miel acendro yo».

Y la tumba:—«Rosa ciega,
De cada alma que me llega
Hago un ángel para Dios».

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

(DE CARDUCCI).

Benigno el sol, del hombre las fatigas,
Alegre ayuda y ama;
Por él la mies ondula, y sus espigas
Rubias, la hoz reclama.

Del vuelto arado la luciente reja
Sonriendo ilumina,
Mientras lenta la mansa yunta deja
La surcada colina.

Bajo el pámpano tierno que lo cubre
Racimo hinchado irisa;
Y al árbol cuya pompa esparce octubre
Lanza triste sonrisa.

Por entre oscuros techos penetrando,
Un rayo, ¡oh sol! envías
A la niña que olvida, trabajando,
Sus juveniles días.

De esperanza y amor, al verte, canta,
Y por tu rayo, al cielo
El alma al par de la canción levanta,
Como la alondra, el vuelo.

Mas a ti, ¡oh luna! embellecer te agrada
Las ruinas y el luto;
Y al lampo de tu lumbre desmayada
No brota flor ni fruto.

Si duerme el pobre en su rincón sombrío,
Tú entras por la ventana
Y le despiertas a que sienta el frío
Y piense en la mañana.

Luégo, adornada en altos campanarios
De lánguidos fulgores,
Coqueteas con bardos perdularios
Y livianos amores.

Después en la morada de los muertos
Tu luz, cobrando bríos,
Compite en brillantez con cráneos yertos
Y con mármoles fríos.

Odio tu faz estúpida y la vana
Modestia de tus velos,
Lasciva e infecunda cortesana,
Galeota de los cielos.

ROBERTO DE NARVÁEZ.

LA SABIDURIA

SI el trajín de la vida humana no es otra cosa, en resumen, que comedia de trama indescifrable desarrollada en el escenario del tiempo, los hombres somos a manera de actores que fueran entrando al sonido de misteriosa llamada a representar cada uno su papel. La mayor parte son de fácil desempeño, otros requie-

ren dotes superiores y suelen quedar temporalmente vacantes. Así, siempre habrá quienes sepan entretener con destreza las pequeñas intrigas movidas por la ambición, la envidia y la infamia; escasos serán los que merezcan personificar el desinterés, la abnegación y el amor, y apenas habrá alguno que sepa llevar con decoro el manto de pliegues serenos de que se reviste la sabiduría. Ella es, sin embargo, el refugio que buscamos en horas de angustia; a ella pedimos nos muestre el camino como a testigo desapasionado que hiciéramos árbitro de nuestros actos, inalterable mientras el arrebato nos arrastra, razonable cuando la sinrazón nos mueve, en medio de nuestra fiebre mensajero de calma a cuyo lado reposamos de nosotros mismos.

La sabiduría es la más noble actividad de la vejez. Hay quienes pretenden darse el nombre de sabios, antes que la nieve de los años haya descendido sobre sus cabezas, y aducen como título sus vidas sin desórdenes. No los creamos, ni tomemos su sequedad por temperancia. Aquellos a quienes la tentación no ha subido a la cima del monte no tienen nada que enseñarnos. Que vegeten recluidos dentro de su abstinencia: la verdadera sabiduría no es, de ordinario, otra cosa que el residuo de las pasiones depurado por el crisol de una alma delicada, el resto tenue e impalpable de fuegos interiores; por eso encierran tanta dulzura las palabras del sabio, porque tienen suavidad de ceniza tamizada.

Al llegar a cierta edad, si la intensidad de las pasiones no ha disminuido, conviene cubrirlas con un velo, despedirse del ardor de los goces y moderar el deseo para que sea realizable. Sólo a la arrogante juventud cabe el derecho de pretender la omnipotencia: toda la savia de la naturaleza le da aliento, y se diría que a sus reclamos se abre la masa de los mares y se despliega

la inmensidad del espacio. Las ambiciones de la juventud palpitan en toda producción del ingenio humano, romance y poema; por sobre el teatro de Molière y el teatro de Shakespeare sopla la impetuosa ráfaga de los veinte años. Y no importa si merecen el éxito los que corren tras él; poseedores del presente, el porvenir les pertenece; son los emisarios brillantes de la vida y hablan en nombre de ella con el dominio de quien representa indiscutibles soberanías.

Aquellos a quienes el destino obliga a abandonar el papel de triunfadores, creen que al someterse renuncian a su propia esencia, y de este despojo nace el dolor de envejecer. Pero no hay por qué lamentar lo que va extinguiéndose en el hombre si de ello mismo surgen renacimientos. Es entonces cuando el espíritu comienza a irradiar con propia luz. Al alejarse los arreboles que coronan la juventud, don impersonal de la naturaleza, llega otra aurora interna de apacible fulgor; la palabra de los hombres se torna persuasiva; de la posesión de los bienes terrenos que se escapan, queda el secreto, y el que abandona la vida, nos la prodiga toda por sus labios. Así la concha que la marea deposita en la playa pierde a nuestros ojos el brillo y el color, y pronto, desteñida y opaca, se creyera que no conserva vestigio ninguno de la onda soberbia que la paseó mezclada a sus espumas; pero acercadla al oído y percibiréis cómo en sus volutas resuena, amortiguada, la eterna sinfonía de los mares.

Tal es la sabiduría: el tumulto de la vida adormido en los repliegues de una alma de elección. Última actividad de una existencia noble y su revelación suprema.

La mayoría de los hombres desaparece sin llegar a la sabiduría, porque los detienen los intereses y el convencionalismo les venda los ojos, porque los encadenan las pasiones que al declinar se transforman en caprichos y en apetitos; y el fin los sorprende agitándose en la mis-

ma red que les tendió la vida en la primera edad. Otros llegan a abominar de los placeres porque ya no serán suyos, y se apartan rencorosos de los labios frescos que sonríen. La sabiduría verdadera desconoce tales egoísmos.

Ser sabio significa que se ha puesto la experiencia al servicio del entendimiento y que se le ha entregado el despojo de toda pasión para que él convierta en enseñanzas las aventuras del pasado. Pero aun de entre los que realmente han sentido, luchado y padecido, son contados los que aprovechan la lección; los más nunca aprenden a leer en el libro de la vida, y mueren llevándose su inútil experiencia de que no supieron extraer ni una máxima de sabiduría.

Tampoco basta, para ser sabio, el esfuerzo de la inteligencia: se requiere a la vez un esfuerzo de modestia. Es preciso reducir la significación de nuestros recuerdos a su verdadero valor para encontrar la partícula de verdad que de ellos se desprende, tallar la gema para que de sus facetas brote luz. A veces el recuerdo nada nos enseña. Es que la memoria sigue deslumbrándonos como nos deslumbró el presente; es que nos forjamos todavía mirajes vanos y engañosos para halagar la vanidad, olvidando que es la modestia del sabio la que engendra la moderación de la sabiduría. Ella se condensa en el alma y va exenta de desfallecimientos al par que de entusiasmos: es el testimonio escrupuloso que damos a la vida, y por eso la sabiduría encierra la noción de justicia.

Saturado de amargura, pasional desencantado, oriental voluptuoso que hoy flagela lo que adoraba ayer, el Eclesiastés no será nunca texto de sabiduría. El sabio nace de sí mismo: se alza sobre el cúmulo de años vividos y experiencias cosechadas hasta columbrar la verdad, y sus pensamientos conservan la suave fragancia de la sensación, como la esencia guarda el perfume de la flor. De aquí emana el encanto irresistible de la sabidu-

ría; sus enseñanzas no son imperiosas sino persuasivas, sus pláticas son familiares y ofrece consejos sin imponer preceptos.

Ese generoso afán de que la vida deje algo que la sobreviva y que sea susceptible de transmitirse a los que vienen después, es el vínculo que liga a todos los sabios, desde los antiguos pastores de cuyos ingenuos relatos se deducía alguna moral, hasta los sublimes sabios que se inclinaron sobre la cuna de las civilizaciones, Tales o Pitágoras, explotadores de climas ignorados donde recibieron la iniciación de misterios que volvían a compartir con sus discípulos.

El sabio no pretende dominar la ciencia, sino lograr que su ignorancia sea menos densa. El sabe que lo desconocido nos circunda y le basta con clavar su pica en el oscuro filón; con adelgazar los muros del calabozo que lo encierra y entrever por un instante la ronda de verdades que pasan por fuera en giros interminables.

La sabiduría complementa la ciencia. El hombre de saber, en sus tendencias sistemáticas, construye teorías para aprisionar la realidad; pero a medida que afianza sus principios creyéndolos certezas, al pretender cerrar el círculo encantado, se produce al otro lado de la línea algún fenómeno que lo obliga a ensanchar la frontera: si sus doctrinas no tienen precisión son imperfectas, y si se precisan son insuficientes. El sabio, en cambio, deja a sus ideas algo de vago e indeciso, las prodiga y las deja errantes por el dominio de la realidad, a semejanza de los ríos que bordean un paisaje. A su contacto se aminora la suficiencia del hombre de saber: si éste llega a imaginar que es mucho lo que sabe, el sabio jamás olvida que es mucho lo que ignora.

Dispersos por el mundo andan no pocos pedantes que quisieran apropiarse el papel del sabio. Sus ideas suelen

ser hijas de la lectura, y los libros perturban e inficionan al que mira siempre a través de ellos. El sabio los frecuente y les extrae todo lo bueno que contienen, porque los lee a la luz de la experiencia propia. Dejando la vida agitada a la juventud, mientras ésta se embriaga de goces, él encuentra en los libros sus últimos y más fieles amigos. Así lo representan las viejas estampas: absorto en las páginas de algún erudito infolio, la frente inclinada, la mano inactiva. Cerca están los instrumentos y testigos de sus labores, la lámpara, la lente, la escribanía, el reloj de arena; en un jarrón una flor solitaria. Por la ventana se ve un jirón de cielo y el paisaje tántas veces recorrido; en el fondo de la estancia, apenas diseñado en la apacible penumbra, se adivina el lecho, símbolo del eterno descanso que en breve será suyo.

ABEL BONNARD.

Traducción de REVISTA MODERNA.

REVISTA POLITICA

EN el año de 1837 pensó la Iglesia colombiana en celebrar la fiesta de San Pedro con sin igual pompa y esplendor. A las nueve de la mañana del 29 de junio la Catedral se hallaba colmada de cuanto Santafé tenía de brillante en la magistratura, las armas, la sociedad y el foro. Poco a poco entraron a ocupar sus puestos el Presidente, quien vestía casaca bordada y pantalón blanco, al cinto el espadín y en la mano el sombrero de tres picos; el ministerio en traje de gala; los magistrados de la Corte Suprema con hopa y birrete; el cuerpo diplomático en gran uniforme; el Estado Mayor que había olido la pólvora de Boyacá y Ayacucho, reluciente de bordados y alamares; el Intendente y su secretario, el Tri-

bunal de Cuentas, jueces, clérigos, mozas, corchetes y pueblo. El altar mayor reverberaba con las mil luces de cirios y de lámparas. Diáconos y subdiáconos, con casullas recamadas de oro, inundaban el presbiterio y en actitudes hieráticas mantenían cruz alta y ciriales, misales e incensarios. Oficiaría el muy digno Arzobispo don Manuel José Mosquera y por lo bajo se hablaba de que el sermón sería pronunciado por el doctor Isidro Rodríguez, deán del Venerable Capítulo; y aun cuando el orador sólo era conocido por su virtud, se aseguraba que su oración sería obra maestra de elocuencia religiosa.

Empezó la misa pontifical. Columnas de incienso se elevaron hacia la cúpula. Torrentes de armonía hicieron vibrar hasta los cimientos de la basilica. Con voz gangosa un diácono entonó la epístola. Luégo se cantó el evangelio, que en aquel día era el de Mateo. El Arzobispo tomó asiento bajo el solio, y bajo el suyo el Presidente y su ministerio. Todas las miradas se volvieron hacia el púlpito. Era el momento del sermón. Mesurado en sus ademanes, el orador subía la escalerilla que a la sagrada cátedra conduce. Cuando el monaguillo que lo acompañaba cerró la portezuela de la tribuna, el venerable deán paseó la mirada deslumbrada por sobre la brillante asistencia. Se hubiera oído en ese momento el vuelo de una mosca. Se descubrió, hizo la venia al Arzobispo y Presidente, se santiguó y, con voz agonizante, pronunció el texto latino:

Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam. . . .

El orador quedó luégo suspenso, la cabeza inclinada en mental recogimiento. Pasó un minuto. La asistencia esperaba el exordio. Entonces ocurrió algo nunca antes visto. La figura del venerable deán, o lo que de ella se veía, se fue consumiendo dentro del púlpito, hasta desaparecer por completo. El monaguillo entreabrió la por-

tezuela y vio al orador encogido sobre el piso, hecho un ovillo, la cabeza entre las manos.

La misa continuó entre general estupor. El doctor Rodríguez no quiso salir de su escondrijo sino cuando la Catedral estuvo desierta. Dos semanas después moría, «de pena», según diagnóstico de los médicos de ese entonces.

Ya comprenden nuestros lectores que hemos traído a cuento tan espeluznante caso de «silencio» a propósito del no menos extraordinario ocurrido en nuestros días cuando el señor Ministro de Hacienda, citado por la Cámara de Representantes para contestar graves interpelaciones, oye sin pestañear el crescendo de inculpaciones y calla ante la representación nacional, como lo hizo el venerable deán Rodríguez. Este, sin embargo, tuvo valor para decir algunas palabras en latín; el Ministro no quiso pronunciar una en castellano; aquél enfermó, el Ministro (a Dios gracias) goza de salud perfecta. Ambos perdieron una ocasión favorable: el deán la de contribuir con su palabra a la mayor honra y gloria de San Pedro, el Ministro, la de contribuir con la suya al mayor prestigio del Gobierno. Si al deán un portero vengativo le cerró en la nariz la puerta del cielo, es cosa que ignoramos. En cambio, sí sabemos que el Ministro halló abierta de par en par la puerta del palacio de la Carrera cuando, pasada la memorable sesión, fue a quejarse como un chiquillo ante el Presidente de que se le había faltado al respeto, y de que no encontraba garantías en la Cámara baja. El Ilustrísimo señor Mosquera no corrigió el silencio del orador sagrado con una pastoral en la que se hiciese el elogio del Santo, ni expuso los párrafos elocuentes que el deán había olvidado; el Presidente, en cambio, en Mensaje especial, encontró bien decir lo que el Ministro había callado, puntuando y agravando de esta manera su silencio.

Nos explicamos fácilmente el gesto inopinado del señor Presidente. El viejo y elocuente tribuno, para quien jamás hubo cargo que no contestase ni adversario a quien no hiciese sentir sobre el pecho la punta acerada de su florete, se halla hoy, por fuerza de la ley, alejado de la arena parlamentaria. Si su Ministro callaba como una ostra, su voz, un reflejo de su voz, se oiría siempre en el parlamento. Si se hallaba impedido para pedir la palabra, esa palabra que más de una vez fue catapulta y relámpago, escribiría. Poco importaba que apareciese mancomunado con los errores de su Ministro. No se diría por lo menos que el silencio—que debe horrorizar a un orador de raza—había también sellado los labios del tribuno de 1897. ¡Esto jamás!

Entonces dictó su Mensaje, que después de quince días no ha sido contestado por la Cámara de Representantes.

La actitud del señor Ministro de Hacienda ante los cargos formulados por diversos Representantes, ha sido juzgada así por los diarios bogotanos:

El Nuevo Tiempo:

«¿Por qué ese silencio? ¿Estaba acaso en presencia de una Cámara hostil, refractaria a la razón y ciega ante la justicia? No. En la Cámara había una gran mayoría que deseaba ardientemente su triunfo. Unas pocas palabras habrían calmado la tormenta».

El Espectador:

«La sesión de ayer en la Cámara de Representantes ha dejado una impresión indefinible, mezcla de asombro, de vergüenza, de conmiseración y de ira. Dijéramos, para ser indulgentes, que confundió al doctor Reyes la abundancia de los cargos con que lo abrumaban».

La Patria:

«Creemos que están en lo cierto quienes aseveran que éste es el primer caso en los anales de la República de un Ministro de Estado que deja humillar al Gobierno de que forma parte, y lo ve, impasible, sumergirse en un mar de conjeturas deshonorables, sin hallar en su mente vacía la fórmula de su defensa».

El Tiempo:

«A todo opuso el señor Ministro un silencio invencible: se negó a dar los informes que se le pedían y a contestar una siquiera de las cien preguntas que se le formularon: fue mudo como la ignorancia absoluta».

Gaceta Republicana:

«El señor Reyes en el Ministerio de Hacienda es un peligro tan grande para la Nación, que ha llegado la hora en que el Presidente le cierre definitivamente la puerta».

La Unidad:

«El Ministro, no preparado para ese debate, elude las respuestas. Su situación denuncia la inocencia. Y porque es inocente calla».

REVISTA MODERNA no pone en duda la honradez personal del señor Ministro de Hacienda. Desde este punto de vista, acepta como buena su explicación de que los errores que haya podido cometer «obra son de su entendimiento, pero no de su voluntad».

Pero esta explicación resulta desastrosa en los labios de un hombre público, de cuya actuación debe juzgar el país, no por sus intenciones, sino por sus obras. El jefe de un ejército como el patrón de un barco y como un hombre de Estado no deben, no pueden alegar como descargo los errores de entendimiento: éstos, más de una vez, en célebres procesos, han sido castigados con todo el rigor de la ley.

*
* *

La disidencia en las filas conservadoras que, como en edición anterior lo dijimos, se presentaba con caracteres de abismo, acaba de desaparecer, en apariencia y temporalmente al menos, al conjuro del Ilustrísimo Arzobispo Primado. La balanza que parecía indecisa, se ha inclinado a favor del «fiel, sumiso, fervoroso y abnegado hijo de la Iglesia católica». Los disidentes conservadores han quedado de hecho comprendidos dentro de la clasificación genérica de *judaizantes*.

La carta, que con fecha 27 de agosto dirigió el señor Arzobispo de Bogotá al señor doctor don Marco Fidel Suárez, es documento político de la mayor trascendencia. Ella ha traído a nuestro recuerdo el óleo de la santa ampolla de Reims, con el cual se ungía a los reyes de Francia.

De tan importante documento tomamos los párrafos siguientes:

«Es usted uno de esos varones preclaros, a quien el Señor Omnipotente colmó de ricos dones para que los empleara, como lo ha hecho, en servicio de la causa católica. Profesor eminente, escritor fecundo y sabio, hombre de Estado: todo eso ha sido usted, en todo se ha distinguido; pero sobre todo eso ha sido hijo de la Iglesia católica, fiel, sumiso, fervoroso y abnegado. Su intervención inspira confianza a los buenos; sus escritos ilustran y convencen, y su vida demuestra cuán arraigadas son sus creencias y cuán sincera su adhesión a la Iglesia de Cristo.

«Así que no puedo menos de ver con positiva pena que se ponga en duda la rectitud de sus intenciones, que se le acuse y le imputen designios muy ajenos de sus sentimientos y de los propósitos que tenía usted formados, como me consta a mí, de vivir alejado de la cosa

pública. Y así lo habría hecho sin duda, si la voz de la conciencia y el recuerdo autorizado de las máximas evangélicas no le hubieran hecho mudar de resolución. No es posible, por consiguiente, dejar de reprobarnos públicamente que se hagan cargos tan injustos y en forma tan acerba y apasionada, a quien ha encanecido en el servicio de la República, y en los combates por la Religión, y tiene demostrado muchas veces con palabras y con hechos, su desinterés y su honda aversión a la grandeza y a los honores.

«Ni es menos de deplorar el que debido a semejantes procedimientos y con gravísimo daño para la tranquilidad pública y los bien entendidos intereses de la Nación, se produzcan y se ahonden divisiones entre los que, ligados por comunidad de doctrinas fundamentales, debieran trabajar con un solo corazón y una sola alma».

La carta del Prelado ha causado justo desconcierto en las filas de los disidentes. No pocos de entre ellos se quejan en voz baja del gesto del Pastor, reincidiendo así en «romper la necesaria conformidad y disciplina en la acción política de los católicos».

Quienes tál hacen, carecen a nuestro sentir de lógica: ellos quisieran que hubiera dos pesas y dos medidas para juzgar de sus acciones y de las de sus adversarios. ¿Por qué se quejan?... ¿Acaso olvidan que a la alianza con la Iglesia debe su partido buena parte de su poderío? ¿Que ellos han contribuido a aceptar como cánón de su partido la conformidad incondicional con la doctrina de la Iglesia no sólo en asuntos de dogma y de moral, sino también en cuestiones políticas? ¿O quisieran acaso que el Jefe de la Iglesia colombiana se declarase por un candidato que no le prestase garantías suficientes?

Ante el dilema planteado por el Ilustrísimo señor Arzobispo, a los disidentes conservadores y a sus voceros

en la prensa no les queda más camino que someterse o dimitir, aceptar la candidatura del señor Suárez o ser tachados de malos católicos.

Se han sometido, en apariencia al menos. Como los soldados alemanes que se rinden, han depuesto las armas y levantando los brazos al cielo han exclamado: *¡Kamerade! ¡Kamerade!*

Sin embargo, en los tres años venideros mucha agua habrá pasado bajo el simbólico arco del «Puente de Bosa». Los disidentes saben esperar; y no sería extraño que ya estuviesen meditando en asestar al señor Suárez el golpe que lo desprestigiase hasta el punto de que resultara ineficaz la designación en él hecha por el Arzobispo Primado, para futuro Presidente de la República.

LA DIRECCIÓN.

Agosto de 1915.

EL CORSARIO DE GOA

UNA historia diabólica! dijo encendiendo su cigarro el Capitán Ashman, héroe de una de las últimas expediciones polares.

Pero antes de daros lectura de aquella extraordinaria narración, tal como la hallé consignada en documento de indiscutible autenticidad, debo contar cómo extrañas circunstancias hicieron que tal documento llegase a mi poder.

Fue en 1878, cuando mi segundo viaje a bordo del *Discovery*. Nos vimos obligados a invernar, y a fin de que mis hombres se distrajesen, los llevaba a cazar con perros y trineos. En una de nuestras cacerías—desde hacía veinticuatro horas habíamos dejado el barco—una tempestad de nieve, un *blizzard*, como decimos los marineros, se desató sobre la estepa. Diantre! Preciso es haberlo

visto para saber lo que es la nieve! Un muro blanco y opresor. Ora se dirían plumas, luégo hielo machacado en combinación con remolinos de agujas. No puedo menos de reír cuando en uno de nuestros días blancos se me dice: «Esto se llama nevar, capitán!» Que esos jóvenes vayan el norte, para empezar a comprender lo que es la nieve!... Pero volvamos a mi historia.

Ahora bien; cuando el blizzard comenzó a ceder y como ignorase en absoluto el punto en donde nos halláramos, ordené a Fred French, el carpintero, que ascendiese a un enorme témpano de hielo para que se orientase y reconociese los alrededores.

Una hora después regresaba.

—Y bien, capitán, dijo, sucede algo que no comprendo; el buque está ahí.

—¿La corbeta?

—Sí, capitán. A menos de una milla al oeste.

Consulté la brújula y los relojes a la luz de aquel sol blanco y gigantesco, la luna, que en las latitudes boreales aparece como disco de hielo, y, palabra de honor, quedé confundido.

Aquello era de no entenderlo: o mis instrumentos mentían, o me había equivocado en mis observaciones, o French estaba loco.

Como nos aproximásemos a un gigantesco témpano que semejaba una ballena varada, French exclamó:

—Al llegar arriba, capitán, verá usted la corbeta.

Tan seguro parecía de su dicho, que la curiosidad redobló mis fuerzas. Dejé atrás a mis hombres, y ágilmente escalé la montaña. Al coronar la cumbre exhalé un grito: ¡French no estaba loco! A menos de una milla de distancia se veía anclado un barco.

Corrí hacia el buque fantasma. Mi asombro crecía a medida que me acercaba. ¿Qué demontre de embarcación era aquélla? Ventruado, con la proa al parecer clavada de

pico y el puente de popa de inusitada altura. Os afirmo que dejé de sentir frío. No todos los días se ven cosas parecidas.

Ya al pie del barco y a pesar de la costra de hielo que lo envolvía, pude distinguir la especie de construcción naval a que él pertenecía. Pero el misterio se hacía más impenetrable. ¡Lo que tenía ante los ojos era sin disputa un galeón!... ¿Español, portugués, holandés?... No habría podido decirlo. Pero de lo que estaba seguro era de que los carpinteros que habían clavado ese casco estaban muertos, y bien muertos, desde hacía doscientos años.

Preso de terribles deseos por subir a bordo, empuñé el hacha de French y me dí a la tarea de labrar escalones en el hielo.

¡Ris!... ¡Ras!... Un último tajo y heme sobre el puente.... Se diría un barco esculpido en mármol blanco. Todos los objetos se perfilaban maravillosamente: el espacio comprendido entre el palo mayor y el castillo de proa, los puentes, la barra del timón, las escotillas....

Pero....—la nieve se complace en jugarnos malas partidas—¿se diría algo como una forma humana inclinada sobre el timón?.... ¡Caramba! No dejaría de ser curioso.... Ya comprenderéis que no perdí tiempo en correr a popa y lanzarme a la barra. No sé cómo se había aglomerado allí un montón de hielo y nieve. Empuñando el hacha con ambas manos asesté un formidable golpe. La masa informe se desbarató con un crujido. A la luz de la luna vi brillar, entre los bloques de hielo, anillos, una cadena de oro, hebillas de plata, y revuelto con todo esto, otras cosas horribles que menos blancas salían de entre la nieve y parecían señalarme....

Eran huesos.

He sido testigo de atroces espectáculos, pero confieso francamente que ante aquel lancé un grito de horror y emprendí carrera hasta parar en medio de mi gente que forzaba la puerta de la cámara.

Mis marineros me dieron a beber una copa de whiskey, y les conté lo acontecido.

Pattisson y Jeffry fueron a cerciorarse con sus ojos. Cuando volvieron traían la cabeza de mi hombre, su cadena, su reloj y sus zarcillos.

Los reprendí y les ordené el volver a colocar todo aquello en el lugar en donde lo habían encontrado.

El equipaje proseguió entonces su trabajo. Algunos golpes de piqueta fueron suficientes para que cediese la escotilla, la que cayó con lúgubre ruido, como un lamento, Una racha de aire, más frío aún que el que respirábamos, nos dio en pleno rostro. Verdad es que no podía haber diferencia entre uno y otro. Pero cuando se da rienda suelta a la imaginación, se va lejos.

Encendimos faroles y yo el primero—no obstante sentir las piernas de trazo y el cabello erizado—descendí la escalerilla. No podía permitir que mis hombres supusiesen que su capitán era accesible al miedo.

Caímos a la cámara de los oficiales. Había allí armas, cordajes, muebles podridos, algunos bancos, cofres que Fred French se apresuró a forzar. Estos guardaban harapos, barajas y algunas botellas que todavía contenían líquido y que hice fueran separadas. Luégo supimos que era vino de Madera, un vino perfumado como jamás lo volveré a paladear. Dejé que los marineros se repartiesen aquel botín y me dirigí al camarote del capitán.

El desorden era allí espantoso. Se diría que se hubiese efectuado una furiosa riña. Sobre la mesa, que se hallaba por rara casualidad en pie, aparecía abierto el libro de a bordo. Pretendí leer la última página, que se creería interrumpida bruscamente, pero me fue imposible, a causa de hallarse escrita en portugués. Sólo pude tomar nota del nombre del navío, del de su capitán y del puerto de matrícula. Era el *Barroca*, de Goa, capitán, Guillermo de Castro.

Llevé conmigo el libro a fin de hacerlo traducir tan pronto como regresase a mi patria, y subí al puente. Entonces empecé a meditar. Por sobre todo, una cosa me asombraba: el que no obstante las pesquisas hechas no se hubiese encontrado sino un esqueleto a bordo. ¿Acaso el marino del timón había quedado solo para conducir el buque?

A fin de cerciorarme de que mis órdenes habían sido cumplidas, volví al puente de popa. En efecto, todos los objetos habían sido colocados al pie de la barra. De nuevo examen practicado apareció algo que sin duda a causa de mi primera confusión no había observado anteriormente: agarrada a la barra, cortada por la muñeca, se veía la mano descarnada del capitán portugués.

Por lo tanto, ese hombre había muerto en el timón; luego el barco navegaba y él estaba solo a bordo. ¿Por qué razón? ¿Cómo explicarlo?...

De regreso a bordo del *Discovery* me propuse, en las largas noches de invernada, familiarizarme con el idioma portugués a fin de traducir el libro de a bordo de la *Barroca*. Nuestro médico poseía una gramática y un diccionario de la lengua de Camöens, lo que facilitó mi empeño.

En ocho meses concluí la labor. Observad que el diario estaba escrito en portugués de hacía doscientos años, lo que impedía que el trabajo adelantase como mi creciente curiosidad lo hubiese deseado.

Hé aquí la traducción del libro tal como alcancé a descifrarlo. Suprimí de su comienzo, notas de encuentro de navíos, cálculos astronómicos y datos comerciales que carecían de interés. No quiero mostraros sino la terrible conclusión.

Y poniendo sobre la mesa el manuscrito, el capitán Ashman leyó la siguiente extraña relación, el «diario de a bordo» que al mismo tiempo era la «confesión del patrón de la *Barroca*»:

A BORDO DE LA «BARROCA».

3 de junio de 1690.—La *Barroca* ha sido carenada. Tomo de nuevo el largo con rumbo a las costas de Siam.

2 de julio.—A la altura de tierras malayas y a pesar de densa bruma, en la mañana de hoy divisé un pesado navío de lenta andadura y que a causa de su construcción juzgué por holandés. Presto como el rayo caí sobre él y al hallarme a tiro de pistola lo saludé con mi andanada de estribor. Preparéme al abordaje y a saltar yo el primero sobre su puente, seguido de todos mis hombres. Ordené a mis tenientes que se mantuviesen prestos, que se alistasen los garfios y que se forzase la barra a babor. Como me hallase en el punto de engarzarlo, quiso la desgracia que el encargado de la batería del entrepunte, que no se hallaba al corriente de mis planes, mirase por una de las troneras que el barco enemigo se hallaba a menos de cinco brazas del mío; no pudiendo creer que mi intento fuese abordarlo, pensó en una falsa maniobra del timonel e hizo cambiar la dirección.

Ignoraba yo tan fatal circunstancia y devorado por la impaciencia esperaba que los navíos se apareasen; mas viendo que el mío no obedecía, como debiera, corrí a la bitácora y hallé, contra mi orden, modificada la dirección de la barra. La hice rectificar, mas, con la desesperación en el alma, vi que el capitán del *Delft*—era el nombre del barco holandés—había descubierto mi designio, hecho desplegar velas y forzar el timón para cortarme. Tan cerca estábamos que mi bauprés destrozó su castilló de popa.

La rabia que tenía por tomar inmediata venganza de aquel holandés que se me escapaba, hizo que echase al viento todos los trapos. Al mismo tiempo que maniobraba para aproximarme más todavía, le envié una tras de otra dos andanadas, y con tan feliz suerte que desmantelé su mástil de cofa y partí su palo mayor. Tamaño per-

cance, que le impedía maniobrar, lo puso a mi merced. En algunos instantes lo abordé.

Grité entonces al capitán—quien con mucha flema se paseaba entre la lluvia de metralla—que se me rindiése con su barco. Fieramente me respondió con tan nutrido fuego de mosquetería que dejó tendida sobre el puente una treintena de mis hombres. Entre el fragor del combate se lanzaron los ganchos. Una bordada de granadas limpió en cortos momentos el puente del *Delft*. Se tocó a la carga y mi equipaje se precipitó al abordaje.

Rodeado de un puñado de marineros, el capitán se defendía desesperadamente. Trabajo nos costó el someter a ese grupo de bravos. Al fin el capitán recibió en la cabeza tan tremendo culatazo que cayó privado de sentido.

Satisfecho quedé de que a tan poco precio hubiera salido de la aventura, pues durante el combate su denuedo me mereció admiración increíble. Sobre un colchón lo hice transportar a mi barco, lo instalé en mi camarote y lo confié a mi cirujano.

El *Delft* era un barco de grueso tonelaje y ricamente cargado de especias y de azúcar. Tan pronto como fueron reparadas sus averías lo expedí a Goa al mando de mi primer teniente a fin de que en ese puerto se realizase el botín.

Por lo que hace al capitán holandés, permaneció en mi barco. A causa del golpe recibido quedó como hebetado por más de una semana. Cuando ya restablecido, le di en los términos más expresivos franco testimonio de mi admiración por su conducta. Me pareció que mis cumplimientos lo conmovían, y como única gracia me pidió la de desembarcarlo en el primer puerto a donde tocara la *Barroca*. Era su deseo regresar a Europa. De buen grado accedí a su solicitud.

Debo consignar que la misma tarde del combate hice colgar de una antena al jefe de la batería, cuya necesidad

comprometió el éxito de mi empresa. Era un tal Bautista Villaça, natural de Beira, en Portugal.

15 de julio.—Ataco una flotilla de seis navíos ingleses, escoltados por un barco de guerra no más grande que el mío. Este barco se llama el *Chatham*. En vano su capitán pretende huírme. Acosado tan de cerca que no puede evitar el ser engarzado; al ver formado en el puente a mi equipaje presto a caer sobre su gente, lo invade el pánico, abandona su puesto, no afronta el abordaje y arria la bandera después de hora y media de combate.

Durante la lucha los navíos mercantes desplegaron al viento sus velas con el fin de escapar; pero mi barco andaba más de prisa que ellos. Cuando comprendieron que era inútil su esfuerzo y cuando tres certeros cañonazos les advirtieron acerca de la suerte que les esperaba, las tripulaciones se rindieron. Hice entonces presa considerable. Los barcos estaban cargados de maderas preciosas, especias, añil, tapices y ricas telas: mercancía de fácil venta y de segura utilidad.

Al mando de uno de mis oficiales despaché a Goa los siete bajeles, no sin haber retenido cuanto ellos contenían de más precioso. Después de este afortunado combate tomé una definitiva resolución. Considerando que con creces se hallaban pagadas mis temerarias excursiones, determiné ofrecerme el regalo de acercarme a Europa e ir a Lisboa, mi tierra natal, en donde tenía parentela. Hice partícipe de mis planes a Jacobus Wovermann—era el nombre del capitán holandés—y se manifestó muy safoficho de ir en mi compañía hasta Portugal, de donde por la Francia y la tierra de Flandes se trasladaría rápidamente a su país.

HENRY DE BRISAY.

(Traducción de REVISTA MODERNA).

(Continuará).

Notas.

Exposición de Pintura.

Se ha dicho con justicia que el arte es el florecimiento de la civilización; y puede medirse la de un pueblo por su producción artística.

País que no cuenta con un gran poeta, con un gran músico, con un gran pintor, o se halla en decadencia o distante todavía de alcanzar la plenitud de su desarrollo.

Ideal y fuerza, arte y poderío, abstracciones sinónimas que tienen unas mismas causas generadoras: riqueza, amor a la vida, necesidad de expansión, orgullo nacional; el progreso, en fin, del que surgirá la civilización y con ella el arte, como surge de la larva la alada mariposa.

En la Exposición de Pintura que se clausuró en agosto pasado pudimos ver reflejada nuestra civilización y progreso contemporáneos con la nitidez con que en la tersa superficie de los pantanos de la Sabana se copian las cabbelleras destrenzadas de los melancólicos sauces. Llamaron nuestra atención algunos bonitos paisajes, una Dolorosa al pie de la Cruz, dos retratos según el estilo de Gándara y Zuloaga. Pero en vano nuestras miradas buscaron el lienzo en donde el artista hubiese vertido el fuego inconfundible de una elevada inspiración: la obra de arte no fue presentada a certamen.

Vásquez y Ceballos, con sus errores y defectos, continúa siendo, a nuestro juicio, el más apreciable de los pintores nacionales. Después de dos y medio siglos, el discípulo de Figueroa apenas ha dejado sucesores. Menos pudiéramos decir que la obra de nuestros pintores pudiera competir con la de Michelena, Rojas o Rivero Sanabria, para no hablar sino de artistas venezolanos.

Entre los cuadros expuestos debemos mencionar: *Dolorosa al pie de la cruz* y *Retrato de señora*, por Aceve-

do Bernal: *Retrato de señora*, en negro, por E. A. Zerda; *Paisaje* (templo de san Diego), por R. Borrero Alvarez; *Retrato de hombre*, por F. A. Cano; *Paisajes*, por J. M. Zamora; *Retrato de señorita* y *Autorretrato*, por doña Margarita de Saravia; *Paisaje*, por la señorita Leonor Núñez; *Interior de Jardín* (acuarela), por Pedro Quijano; *Imitación de gobelinos*, por la señorita Julia Cortés.

También debemos citar las composiciones de los señores Velásquez, Gómez Campuzano y Bedoya.

En la sección de escultura admiramos el *Busto del pintor Garay* (en mármol), obra del artista señor Polidoro Cuéllar, y *Busto de niña* (en yeso), trabajo del señor Marco A. Caro.

Sería de desearse que a la admisión de cuadros precediese el dictamen de un jurado. Nos evitaríamos así el ver expuestos lienzos de poco o ningún valor artístico.



De años atrás se viene tratando en el Congreso la necesidad y conveniencia de legislar sobre Compañías de Seguros, por ser quizá Colombia el único país que en Suramérica carece hoy de disposiciones legales para reglamentar, de acuerdo con las exigencias modernas, tan importante ramo del comercio. En las actuales sesiones se discute con patriótico interés tal asunto, y por lo visto pronto tendremos una buena ley que reglamente esa materia.

De las publicaciones hechas se deduce que la opinión de las Cámaras se encamina en el sentido de colocar en un mismo pie de igualdad legal a las Compañías nacionales y extranjeras, obligando a unas y otras, para seguridad de los que con ellas contratan, a invertir una suma que en ningún caso bajará de cien mil pesos en bienes raíces situados en territorio colombiano. Con esta dispo-

sición y con la que obliga a tales compañías a someterse a nuestras leyes en lo relativo a los contratos celebrados en Colombia, ganará sobremanera el desarrollo económico del país y desaparecerá todo viso de exclusión o protección que hoy pudiera alegarse en pro o en contra de determinadas Compañías.



Obito. REVISTA MODERNA registra con pena la muerte de los señores don Alejandro Mancini y doctor don Felipe Zapata.

Ambos, en distinto orden de ideas, fueron ornato de la sociedad bogotana y prestaron valiosos servicios al país, como diplomático de la República francesa el primero y como distinguido ingeniero el último.

Después de cuarenta años de permanencia en Colombia, el señor Mancini muere cuando había coronado una vida meritoria: el doctor Zapata desaparece cuando su firme voluntad y su inteligencia empezaban a conquistarle un brillante porvenir: a sus dotes de organizador se debe la construcción de la estación del Ferrocarril de la Sabana, cuando como Gerente se hallaba al frente de esta empresa.

Combatiendo con noble desinterés por la causa de los aliados, cayó en el campo del honor en el asalto de Arras el distinguido joven don Hernando de Vengoechea, conocido crítico de arte y muy ilustrado escritor. Su regimiento mereció la distinción de ser mencionado de manera especial en los partes oficiales de aquella batalla.

A sus familias presentamos nuestro pésame.

BIBLIOGRAFIA

Idioma y etnografía de la región oriental de Colombia, por Fr. P. Fabo del Corazón de María (José Benet, impresor.—Barcelona).

Este libro es un concienzudo estudio, fruto de muchas vigili-
as, de largas investigaciones y de vasta erudición: escrito en estilo sencillo, ameno y concreto.

El R. P. Fabo principia por hacer una relación de los trabajos lingüísticos llevados a cabo por los misioneros candelarios. Entre ellos nos cita un diccionario y una gramática sálivas, compuestos por orden del Provincial P. Clemente de San Javier, y presentados en 1790 al Gobierno de Carlos IV. Hasta hoy no ha sido hallado el diccionario, y la gramática sale a luz por vez primera. La acompaña un vocabulario del mismo idioma, escrito en 1897 por el R. P. Jesús Martínez.

La gramática del P. San Javier merece estudio especial. Es un verdadero monumento lingüístico, cuyo plan está calcado en el de las antiguas gramáticas latinas. Comparando su estructura con la de otras naciones americanas, resaltan muchas analogías con el cuna y el chibcha.

Termina la parte lingüística con un corto vocabulario tunebo formado por el autor. Comparado éste con el anterior, no se observa la más pequeña analogía entre el sáliva y el tunebo. Su sistema de numeración difiere hasta en la forma. Los primeros cuentan por cinco y éstos por docenas.

El autor hace el recuento de las tribus que aún existen en Casanare. Dice, lamentándolo, las causas de la despoblación de esa rica región; analiza las costumbres de los sálivas y achaguas, de los guahibos y tunebos. Las observaciones sobre monogenismo y población primitiva de la región que estudia, están basadas en lógicas comparaciones y abundante acopio de datos sugeridos por el análisis o extractados con acierto de los muchos autores que ha consultado.

Entre los artículos del Apéndice merece especial mención una importante carta sobre la poesía popular en la región de Casanare, carta que fue publicada en *España y América* y que mereció muchos aplausos. Acompañala la colección más completa que hasta ahora hayamos visto de los populares cantos llaneros.

El conjunto de esta obra encierra, sobre todo en las partes lingüística y etnográfica, datos importantísimos, y arroja nuevas luces, de primordial interés, para ayudarnos a seguir el derrotero de los estudios precolombianos. (*Informe a la Academia Nacional de Historia*, suscrito por don Ernesto Restrepo Tizado).

Los últimos días del General Santander, por Jesús María Henao (Escuela Tipográfica Salesiana.—Bogotá.—1915).

El doctor Henao, a quien tanto debe la investigación histórica nacional, nos presenta hoy un importante estudio sobre una de las épocas más complejas de nuestro pasado. Escrito con sobriedad y enriquecido con documentos que hasta hoy eran inéditos, el autor se defiende a pintarnos la última actuación parlamentaria del Hombre de las Leyes en la Cámara de 1840. Concluye la obra con el Diario de su enfermedad y muerte.

El doctor Henao hace del General Santander el siguiente retrato: "Serio, grave y austero en lo exterior; un poco descompuesto o ajado su vestido, que usaba comúnmente de telas ordinarias y baratas hechas en el país, con el objeto, decía él, de fomentar la industria. Aunque obeso, el porte era majestuoso y gallarda la figura; su andar lento, acompasado; los escasos cabellos peinados trayendo los laterales con gracia y simetría hacia las sienes y llevando los anteriores hacia la cima de la cabeza; los bigotes caídos con orden sobre el labio inferior; en las mejillas abundancia de sangre; los pequeños ojos grises, vivaces; la nariz recta, los dientes muy blancos y un ligero y constante asomo de sonrisa en las comisuras de los labios delgados y comprimidos."